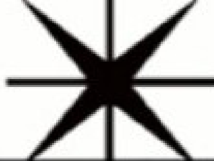


ESPACIO — EL MUNDO FUTURO

CARLO DI PIETRO

EL HOMBRE DE CIROK

Carlo di Pietro

EL HOMBRE DE CIROK

Ediciones TORAY
Arnaldo de Oms, 51—53 Dr. Julián Álvarez, 151
BARCELONA BUENOS AIRES

Depósito Legal: B. 3.052 — 1969

Printed in Spain — Impreso en España

Impreso en Gráficas Tricolor — Eduardo Tubau, 20 — BARCELONA

PRÓLOGO

Si se hubieran traducido, sólo un siglo atrás, unos pergaminos escritos en hebreo relatando hechos ocurridos 132 años antes de J. C., con toda certeza se habría afirmado que los escritos habían sido fruto de una mente desequilibrada. Hoy, en el año 1969, con los adelantos de nuestra civilización y avanzada técnica en que la conquista del aire por el hombre es un hecho consumado y se ha superado la rapidez y recorrido de los aviones a reacción que surcan la atmósfera a velocidades superiores a la del sonido, y en el que se continua siempre progresivamente la exploración del espacio exterior con la aspiración, como primera etapa, del aterrizaje y, como consecuencia, la posesión de nuestro satélite dentro de pocos años, serían ya muy distintas las opiniones de los lectores a tales traducciones. Ahora, no todos creerían a los originales, fruto de una imaginación superdesarrollada con relación a la mentalidad de aquellos tiempos en que los descubrimientos científicos no habían entrado, siquiera, en estado embrionario.

A mayor abundamiento y corroboración, en la actualidad que tanto se habla y escribe, medio en broma medio en serio, acerca de los mal denominados "platillos volantes" y de cuya existencia no han dudado militares ilustres cuales fueron los extintos generales norteamericanos Jorge Marshall y Douglas MacArthur, cuando hombres de renombrada fama por su saber, cual es el famoso astrónomo Cyde Tombaugh descubridor en el año 1930 del planeta Plutón, afirman haber visto, y cuya existencia nos ha probado con su exhaustivo y documentado estudio el español Antonio Ribera, ¿nos extrañaría que los hechos a que nos referiremos hubieran ocurrido de manera parecida?

CAPÍTULO PRIMERO

La estrella, situada en la parte más externa de uno de los aparentes brazos que parecen emerger del núcleo central de su galaxia, llamado de Orión, constituye un sistema planetario con nueve astros girando a su alrededor. El segundo de los planetas, contando a partir de su sol y separado del mismo por una distancia media de 108 millones de kilómetros según nuestro sistema métrico de medidas, está rodeado de una gran masa de aire en cuya exosfera se encuentran abundantes partículas de polvo en suspensión, actuales de filtro natural para amortiguar la alta temperatura que recibiría su corteza de los rayos solares.

Si se atraviesa la compacta exosfera, que impide la observación del planeta desde el exterior, se verá que está habitado, aunque relativamente por poca densidad de población, por una raza de constitución humanoide de tipo blanco y de baja estatura por lo común, puesto que su talla escasamente sobrepasa a un metro treinta centímetros. Las ciudades están estructuradas en altas edificaciones en forma de cilindro, de sesenta o más pisos de altura, dispuestos de modo tal que los inmuebles se separan entre sí por una distancia igual a la media de la altura de las edificaciones contiguas, a fin de que les rayos del sol no sean entorpecidos y penetren en todos los apartamentos a medida que el planeta gira alrededor de su eje, disposición que permite, al propio tiempo, la implantación de amplias zonas verdes con cuidados jardines para el solaz de grandes y pequeños. En el planeta Cirok, denominado así por sus habitantes, se vivía casi en estado paradisíaco, allí el trabajo no era un imperativo ni una ley de vida, se efectuaba a libre voluntad de sus habitantes, ejerciendo la profesión que más les placía, con la sola mira del bienestar de la comunidad. Se desconocía, incluso el uso de la moneda. Las grandes factorías distribuidas según actividades y situadas en extensos polígonos industriales siempre al exterior del perímetro de las ciudades, recibían las cosechas, los animales del, pastoreo destinados al sustento de los habitantes, las materias primas arrancadas del subsuelo, para transformarlas en las respectivas plantas desde los más simples alimentos envasados en estado natural o en conserva, a la más variada gama de aparatos, a

partir del más sencillo de uso doméstico hasta el de mayor complicación y precisión matemática para el desarrollo de la ciencia. Después, una vez finalizada la labor, eran transportados y distribuidos por los diversos almacenes del interior de las urbes, a donde acudían los ciudadanos en busca de cuanto consideraban preciso para su alimentación o necesidad.

Pero no todos los habitantes gustaban de vivir en las ciudades. También había quienes, con preferencia, gustaban de instalarse en zonas rurales lejos del bullicio inevitable de las grandes metrópolis, los cuales junto a los amantes de los trabajos agropecuarios, base de la subsistencia del país, habían hecho nacer las aldeas. Su configuración era similar a la de todas las poblaciones, grandes y altos edificios cilíndricos, a veces en reducido número según fuera el censo de habitantes, albergaba a toda la población.

En uño de tales pueblos, clasificados por una nomenclatura por un número ordinal dentro de determinada zona geográfica convencional, enclavado en una extensa y fértil llanura entre montes de poca altura, canturreando una melodía montado en un potente tractor impulsado por un simple y diminuto generador de energía, el hombre, de unos veintiséis años de edad, de proporciones más altas a las del tipo corriente, está arando un vasto terreno. Al llegar cerca de un remanso del riachuelo que bordea las tierras objeto de su trabajo, para la máquina, desciende de un ligero salto y se acerca a la sombra de un copudo árbol donde uno de sus semejantes intenta desclavar del anzuelo al gran pez recién atrapado.

—¿Qué tal, Dana? ¿Has obtenido buena pesca? — saluda al pescador, hermosa joven según los cánones de la belleza femenina de Cirok.

—¡Hola, Uli! Sí, con éste — y muestra la presa capturada —, es el tercero — responde la mujer visiblemente satisfecha.

Al situarse el tractorista junto a la joven, se apreció de inmediato una marcada diferencia física entre ellos. El hombre, cuya estatura rebasaba el metro ochenta centímetros, de cabello color castaño claro, ojos azules, labios carnosos, y ancho tórax, parecía un gigante comparado con la mujer. Ella, cincuenta centímetros más baja y de armonioso cuerpo, tenía la tez morena, el pelo negro, ojos ligeramente oblicuos y del mismo color, labios delgados y los pómulos salientes.

La joven vestía, como la inmensa mayoría de las mujeres, una prenda de una sola pieza desde el cuello a las rodillas, con redondo escote y cremallera adhesiva hasta la cintura, de tejido sintético que se adaptaba al cuerpo haciéndole resaltar la turgencia de los senos, la estrecha cintura y el contorneado de las piernas. El llamado Uli contempló largamente a la muchacha y se sintió, una vez más, atraído hacia ella.

—Dime, Dana ¿cuántas veces te he dicho que me gustas? —le preguntó mirándola fijamente con limpia mirada.

Sentía hacia la mujer al atracción natural experimentada por un ser hacia otro de distinto sexo pero sin que las pasiones enturbiaran la nitidez de su afecto.

—Uli, hoy ya me lo has dicho en el hospital y, por lo general, en todos nuestros encuentros me lo repites — contestó la mujer sin asomo de coquetería.

—Como yo también te gusto a ti — y la joven asintió con la cabeza a la afirmación de él—, creo que va siendo hora de formar nuestro propio hogar, ¿no te parece?

—Cuando tú quieras, Uli.

—Hoy mismo hablaré al corregidor de la aldea.

En Cirok, cuando dos seres se complacían el uno al otro, de la manera más simple, se unían para fundar una nueva familia. El corregidor de la comunidad a la que estaban adscritos los declaraba marido y mujer. A partir de aquel momento, y por costumbre ancestral, ningún hombre sabedor del nuevo estado de la mujer pretendería a su amor.

Ambos jóvenes, abandonadas sus respectivas ocupaciones, se sentaron, el uno junto al otro, en el mullido césped, resguardados de los ardorosos rayos del sol por la sombra del árbol donde poco antes ella estuvo pescando, continuaron hablando y haciendo proyectos para su futuro próximo. Después, montados en el tractor, emprendieron el regreso y, luego de haber dejado la máquina en el cobertizo a tal fin destinado en los extramuros de la población, penetraron en la aldea.

Al entrar Uli en su hogar, se percató de inmediato de la presencia de un desconocido que lo miraba sin poder disimular la extrañeza producida por la observación de su gran talla y corpachón en extremo desarrollado.

—Uli, te he llamado varias veces y no me has respondido —díjole su madre—. Tenía que comunicarte algo urgente. Él te lo dirá — añadió, escuetamente, señalando al visitante.

—He dejado el tractor unos momentos para conversar con Dana, mamá — se excusó Uli—. Ha debido de ser entonces cuando me habrás llamado — y mirando al forastero, preguntó: — ¿En que debo servirte?

El visitante, aproximadamente de la misma edad de Uli y de estatura prototipo de los habitantes de Cirok, se presentó a sí mismo:

—Soy el doctor Kozak y tengo la misión de sustituirte como médico en R. 4 número 183 hasta tu regreso.

—¿A mí? Si yo no voy a ninguna parte.

—Sí, tienes que presentarte con toda urgencia en la sede del gobierno del planeta. Piso séptimo; allí te aguarda el titular del Departamento. Son las órdenes recibidas.

En Cirok las órdenes no se transmitían por escrito en oficios más o menos largos avalados con sellos y firmas; bastaba hacerlo con sencillas frases para que se cumplieran sin titubeos.

—Muy bien, Kozak, así lo haré. Si gustas, te acompañaré al hospital para que te hagas cargo del mismo.

—¿Tienes enfermos?

—No, ninguno.

—Entonces, no pierdas tiempo, tu ayudante me lo enseñará.

—Se llama Dana y enseguida le comunicaré mí sustitución. Tú, si no prefieres ocupar un departamento, puedes quedarte en mi hogar, mi madre es una excelente cocinera y cuidará de ti.

—Gracias, Uli, me hospedaré en tu hogar.

Uli, entretanto, se aproximó al visófono y pulsó una tecla. Al instante se iluminó una pequeña pantalla y apareció en ella el rostro sonriente de Dana.

—¿Qué deseas, Uli? ¿Repetirme que te gusto?

—No, Dana — y dirigiéndose al doctor Kozak le explicó: — Voy a tomarla por mujer. Sabes, Dana — continuó la conversación con ella —, tengo que ausentarme de 183 y el doctor Kozak, que ves aquí a mi lado, se hará cargo del hospital mientras dure mi ausencia; se hospedará en mi casa, mañana pasa a recogerlo y muéstrale nuestro consultorio.

—Bien Uli, pero ¿a dónde vas tú?

—A la sede del gobierno.

—¿Para qué?—interrogó ella sin poder contener la curiosidad.

—Pues, no lo sé. He de marcharme inmediatamente. Dana, y ni siquiera puedo darte un abrazo. Adiós.

Uli cerró la comunicación del visófono, se volvió de cara al doctor Kozak y le dijo:

—Aunque haya sido a través del visófono, ya has conocido a Dana. Ahora, voy a despedirme de mi madre y partiré inmediatamente.

—Para tu viaje está todo previsto; en la explanada del sur de la aldea te aguarda un aeromóvil con el piloto debidamente instruido para trasladarte a la capital y hacerte de guía. Es el vehículo que me ha transportado a mí — puntualizó.

Efectivamente, en, una explanada cerca de la aldea, y en el lugar indicado, había un extraño aparato posado en tierra. Uli había viajado varias veces por los aires, pero la máquina que tenía frente a él era diferente a las naves que anteriormente usara. Aquélla no presentaba, a la vista, alas de sustentación, aspas rotativas ni discos circulares; era una masa metálica con el aspecto de una cuña de la cual únicamente sobresalía una carlinga transparente. ¿Sería, en realidad, un aeromóvil? se preguntó.

Un hombre paseaba a menudos pasos alrededor del aparato y, cuando vio a Uli, mostró la consabida extrañeza de ver a un hombre tan enormemente alto.

—Soy Uli — se presentó, haciendo caso omiso de la sorpresa del hombre, por haberse acostumbrado ya a que cuantos lo veían por primera vez lo miraran como a un ser anómalo debido a sus inauditas proporciones.

—Yo, Volf, el piloto del aeromóvil. He de conducirte, si aceptas ir, a la capital de Cirok.

—Estoy a tu disposición; cuando quieras podemos emprender el vuelo.

El piloto de la nave se acercó a la parte central de la misma, oprimió un pulsador, ligeramente adentrado en la plancha metálica, e inmediatamente se abrió una portezuela.

—Pasa, Uli, y colócate en el asiento delantero de la derecha. Yo lo haré a tu lado.

Uli penetró en la nave, no sin agacharse previamente para

penetrar en el interior a fin de no golpearse, e intentó sentarse en el asiento indicado por el piloto. Indudablemente las mullidas butacas habían sido diseñadas y construidas en consonancia a la estatura de los habitantes de Cirok, puesto que él a duras penas logró acomodarse.

El llamado Volf ocupó el asiento contiguo, dio un cuarto de vuelta a una clavija y se oyó un ligero rumor procedente de los motores. Asió una palanca y la inclinó levemente hacia adelante. En el acto, y con gran suavidad, el aparato se levantó del suelo ascendiendo verticalmente.

Al llegar a una altura de tres mil metros el piloto dejó de accionar la palanca y la nave quedó inmóvil en el aire. Al ver la estupefacción mostrada por Uli, sonrió y le explicó sucintamente:

—Es el nuevo descubrimiento hecho por un equipo de científicos; han conseguido crear una fuerza igual a la de atracción del planeta y, como polos iguales se repelen, después de muchos experimentos han logrado lo que has visto... Un despegue suave y una inmovilidad absoluta a la altura deseada. Yo me dedico a probar las innovaciones de nuestras naves y, no creas, la primera vez que usé este sistema despegué tan bruscamente que de no ir fuertemente sujeto habría salido a través del techo — concluyó el piloto con una carcajada, a la que Uli hizo eco.

Después, guiándose por los controles de a bordo, Volf fijó el rumbo a seguir, conectó el piloto automático y dio contacto a los reactores. Inmediatamente, la nave trepidó y partió a una velocidad vertiginosa. El indicador pasó a señalar rápidamente la asombrosa cifra de ocho mil kilómetros hora.

Llevaban más de media hora de vuelo y ninguno de los dos hombres había iniciado nueva conversación. ¡Uli estaba totalmente abstraído contemplando, por efecto óptico, la aparente rapidez con que la superficie del planeta, a manera de gran decorado, discurría por frente a su mirada. De pronto, en el tablero de mandos se encendió una luz carmesí con destellos intermitentes a los que se unió un zumbador. Volf desconectó el piloto automático y al momento cesaron las señales luminosas y auditivas. Apagó, después, el encendido de los reactores y tomó el mando de la nave, la cual continuó volando por inercia y disminuyendo paulatinamente de velocidad hasta quedar estática en el aire. Uli miró a través de la

carlinga transparente y verticalmente debajo del aeromóvil divisó la capital, sede del gobierno, de Cirok.

—Has calculado exactamente cuando debías parar los motores, Volf, eres un gran piloto — elogió sinceramente el viajero.

—No lo creas, Uli; hoy día son los instrumentos de a bordo quienes, en realidad, conducen las naves. El piloto sólo se limita a fijar el rumbo, con escaso mérito si tienes en cuenta la ayuda prestada por los cerebros electrónicos, y a estar atento a los indicadores. Lo único que hacemos, todavía, humanamente es despegar y aterrizar, pero pronto se hará también electrónicamente.

Mientras Volf, con la atención fija en el altímetro, daba las explicaciones a su pasajero, la nave descendió verticalmente rápida primero y lenta después, tanto que en Cirok parecía no existir la fuerza de gravedad, hasta posarse suavemente en tierra.

—Hemos llegado a nuestro destino. Ahora te conduciré a la Administración Central de Navegación, meta de nuestro viaje.

Volf desconectó todos los contactos del aeromóvil y se levantó ágilmente del asiento. Uli imitó la acción pero sin la misma ligereza y con evidente esfuerzo por cuanto había quedado empotrado en el estrecho sillón del copiloto.

Tan pronto descendieron del aparato se acercó un tractor con la coordinada misión de conducir a la nave al correspondiente hangar. Volf esperó y, cuando el mecánico del remolcador estuvo junto a ellos, le dio la novedad:

—El aeromóvil está en perfectas condiciones, Eriko, no precisa de ningún repaso especial.

—Bien — contestó escuetamente el hombre a la par que se apeaba, sin dejar de mirar de soslayo a Uli, para proceder al enganche y posterior arrastre de la nave.

Volf y Uli emprendieron en seguida la marcha hacia la ciudad, distante a cinco minutos del astropuerto, con rápido paso.

—¿Te has dado cuenta, Uli, de que al verte quedamos impresionados por tu estatura?

—Sí, Volf, estoy consciente de mi defecto y ésta es la causa por la cual vivo en una aldea apartada y pequeña como es R. 183. En ella hay pocos habitantes y ya están acostumbrados a mi presencia. Por ello no se asombran de mi excesiva estatura ocasionada por un funcionamiento glandular irregular. Hasta los diez años fui un niño

normal como cualquier de vosotros, pero después empecé a crecer, a crecer, sin que los médicos pudieran impedirlo, hasta los diez y ocho en que, afortunadamente, cesó mi crecimiento. Además, ¿has observado que el color de mis cabellos y ojos no es negro? Todo yo soy diferente a lo unificado de nuestra raza — contestó Uli con la pesadumbre del hombre que se sabe anormal entre sus semejantes.

Volf, por el tono de Uli, comprendió la desazón de su compañero y guardó silencio sintiendo hacia él gran conmiseración y una espontánea simpatía.

Al llegar a la Capital subieron a una de las aceras mecánicas, en continuo movimiento de traslación a una velocidad de ocho kilómetros hora, para trasladarse al centro de la urbe.

En todas las ciudades de Cirok de más de cincuenta mil habitantes, y junto a las anchas aceras pavimentadas para el uso de los peatones, se habían construido una red de traslatoras de modo tal que, sucesivamente, en una parte exterior estaban colocados unos pasamanos de cinco metros de longitud, al final de los cuales se dejaban trechos de dos desprovistos de tales apoyos, a fin de que los usuarios pudieran— subir o bajar por los mismos, para atravesar las calles o usar las corrientes.

Después de haber efectuado tres cambios de aceras traslatoras, descendieron frente a uno de los edificios que constituían la capital del planeta. De mayores dimensiones que el resto estaba construido, también, a base de una estructura de dosón, aleación de varios metales de cuyo resultado se obtenía la dureza y resistencia del acero y la liviandad del aluminio, y grandes paneles de cristales sintéticos. Volf penetró en el interior, seguido siempre de Uli, y subió a un elevador. De la larga doble columna de pulsadores apretó el cuarto de los correspondientes a las cifras impares y el ascensor, tras cerrarse automáticamente las puertas, inició la subida. Al pararse en el séptimo piso se abrieron de nuevo automáticamente las dobles puertas y ambos hombres salieron. Se hallaban en un largo y ancho corredor, perfectamente iluminado artificialmente con luz tenuemente verdosa, a cuyos lados habían las puertas que cerraban los correspondientes despachos. Un hombre, con uniforme azulado y en el pecho el distintivo del Departamento, de los diez que estaban en el pasillo con la misión de inquirir las causas de la presencia de los visitantes, se acercó sonriente a ellos. Por primera vez, Uli no vio

estupefacción en el rostro del funcionario al estar frente a él.

—Yo soy Volf, ése es Uli — dijo el piloto anticipándose—, nos aguardan en el despacho primero.

—Tenemos instrucciones a tal efecto, seguidme.

Andaron hasta el extremo de la antesala y, cuando faltaban dos metros para llegar frente a una puerta con la única indicación del número uno en relieve, el guía se detuvo e indicó: — Pasad adelante.

Uli y Volf dieron unos pasos más y las células fotoeléctricas accionaron la puerta hacia el interior. Habían llegado al Anal de su viaje, al despacho ocupado por el Regidor del Departamento de Navegación marítima y aérea.

CAPÍTULO II

El despacho, de amplias proporciones, estaba parcamente amueblado. Sin voluminosas estanterías, armarios ni archivadores; el mobiliario se reducía a una gran mesa de trabajo de forma rectangular colocada cerca de los grandes ventanales con la intención de que los rayos del sol permitieran una profusa iluminación natural. Las paredes de la habitación carecían de decoración, sólo se veía en el centro de una de las laterales un gran planisferio de Cirok debajo del cual había una mesita auxiliar con un aparato con teclado vario a deducir por los diferentes colores que lo constituían. Cinco hombres estaban sentados alrededor de la mesa, y, al entrar los visitantes, volvieron simultáneamente la cabeza hacia ellos. Uno de los reunidos, de cabello plateado y que ocupaba el centro de la misma, precisamente frente a la puerta, se levantó y con un amplio ademán con el brazo les invitó a entrar.

—Pasad, por favor, os estamos aguardando.

Al acercarse Uli y Volf, fuera ya del campo de acción de las células, la puerta se cerró silenciosamente a sus espaldas. Los otros hombres congregados también se levantaron y de nuevo Uli experimentó la sensación de ser observado detenidamente su desproporcionalidad por los presentes, excepto por uno que, con amplia sonrisa, fue el primero en acercarse a él.

—¡Hola! Supongo que te acuerdas de mí.

—¡Profesor Joval! ¡Cómo no voy a recordarte si sólo han pasado cinco años desde que dejé el Centro de Estudios Médicos!

—Y con muy buenos resultados, por cierto fuiste uno de mis alumnos más aventajados.

—Sí, profesor, el más alto de todos mis compañeros de curso lo aventajaba en más de cincuenta centímetros— se burló Uli de sí mismo, pero sin protesta, sin amargura esta vez, con el deseo de no hablar de los grandes conocimientos adquiridos en la rama de la medicina y cirugía que le auguraban, en un futuro próximo, convertirse de alumno en profesor del mismo Centro.

Durante la permanencia de Uli como alumno, había comentado repetidas veces con Joval la desproporción de su cuerpo con respecto a los demás estudiantes y juntos habían verificado estudios

y realizado experimentos con el intento, siempre frustrado, de hallar la panacea detenedora del crecimiento anormal del joven, motivo por el cual el sabio profesor conocía el complejo que, en algunas ocasiones, llegaba a atormentar al nuevo estudiante de diez y seis años, pese a que en Cirok, por principios, ningún ciudadano era objeto de burla.

—Bien, Uli — intervino el hombre que primero hablara — ya conoces a dos de nosotros, a Joval y a Volf. Ése — señaló a uno de los presentes de sienes plateadas y de facciones confusamente conocidas por

Uli — es Avolf, padre del piloto de la nave en que has viajado; ésos son Jaro y Rubo. — Y con un ademán señaló sucesivamente a dos jóvenes de mirada aguda, en las cuales se reflejaba una extraordinaria inteligencia —: dos de los mejores ingenieros aeroespaciales, y yo soy... el Regidor del Departamento — acabó sencillamente al indicar su alta jerarquía.

Después, el Regidor se acercó al planisferio, oprimió varios pulsadores de la máquina, y el mapa, junto con otros a juzgar por el grosor, se descorrió hacia un lado para seguidamente, en unos segundos, ocupar su nuevo puesto dentro de los muchos qué había en el grupo. A la vista de todos, quedó, ahora, un detallado mapa del sistema planetario. Estaba constituido por una estrella en el centro, nueve planetas, con los correspondientes satélites, y las órbitas de los respectivos giros de traslación de todos los astros perfectamente delineadas.

—¿Podemos empezar? — interrogó el Regidor.

Todos por unanimidad, y como de común acuerdo, asintieron con una inclinación de cabeza.

—La explicación será casi exclusivamente para ti, Uli, los demás ya conocen, en parte, cuanto te referiré y saben el proyecto que he formado. Has de saber, en primer lugar, que tú has sido seleccionado de entre los quinientos dieciocho habitantes del planeta cuyas proporciones son semejantes a las tuyas; si, Uli, no eres tú únicamente quien se aparta del tipo normal, incluso los hay más altos — corroboró al observar un destello de fugaz alegría en la mirada de Uli — repito pues, tú has sido elegido de entre todos, no sólo por indicación de Joval, sino también por el estudio minuciosamente realizado de todos vosotros. No obstante, ten

siempre presente que la misión que pienso conferirte podrás o no aceptarla según sea tu resolución. Recuerda que en Cirok nadie puede imponerse en la voluntad de otra persona. Bien, hecho este preliminar entremos en materia.

El Regidor, con el dedo índice de la mano derecha, señaló al segundo planeta del sistema solar del mapa y continuó:

—Todos sabéis, desde niños, que éste es Cirok, nuestro mundo. Hace unos años, una de nuestras naves, la primera experimental perfectamente lograda para realizar largos viajes, debido a su gran capacidad de permanencia en el aire, hizo más que limitarse a volar días y días por nuestra atmósfera, surcó el espacio exterior, y, aprovechando la distancia mínima en la oposición, en su vuelo llegó hasta el tercer planeta. Avolf fue uno de los integrantes del equipo, el jefe de navegación en realidad. Aquel primer contacto o exploración confirmó las antiguas teorías, resultantes de nuestras observaciones, acerca de una posible habitabilidad del tercer planeta. Hoy, las hipótesis se han convertido en axiomas, no sólo existe una gran variedad de vegetación sino también de fauna y, lo que es más importante, de razas humanas con distintos índices de cultura. Los más avanzados, y siempre en un estado de supino primitivismo, son en su constitución física una reproducción exacta de Uli. ¿Quieres mostrar las imágenes que sacasteis de los habitantes del tercer planeta, Avolf?

El requerido se acercó a la mesa de trabajo del Regidor y asió una cartera de encima del tablero. Regresó, acto seguido, junto a sus compañeros y mostró a Uli una ampliación fotográfica de un habitante del tercer planeta.

— Fue sacada con teleobjetivo desde una distancia de tres mil metros, por esta razón no tiene la nitidez deseada.

Uli observó la cartulina entregada por Avolf y en ella vio aunque algo borrosa, la imagen de un hombre vestido con largos ropajes blancos y un rostro semejante al suyo incluso en el color del cabello. Llevaba el rostro cubierto de largo bello, indicio de que no se rasuraban. Si me dejase crecer la barba y me enrollara una sábana, yo podría pasar por uno de ellos, se dijo mentalmente Uli, a la par que devolvía la fotografía.

—Tenemos otras imágenes de los habitantes del tercer planeta, pero por el momento no nos interesa mostrártelas, a fin de que

puedas comprender mejor el objeto de esta reunión. Luego ya verás que, en tal planeta, no todos los humanos tienen las mismas proporciones y color de piel como sucede, salvo pocas excepciones, en Cirok; allí los hay blancos, amarillos e incluso completamente negros. Después, de este primer viaje, Avolf realizó dos más con otro grupo de científicos al objeto de conocer el máximo posible en relación con aquellos humanos y del medio ambiente en que nacen, viven y se desarrollan; se analizó su atmósfera, las aguas de sus mares y ríos, la constitución de su suelo, la fuerza de atracción del planeta, etc., confirmándose los datos obtenidos por medio de espectrogramas, exámenes radio astronómicos y sondas astronáuticas. Pero el más importante de nuestros descubrimientos, vas a verlo, mejor dicho, a oírlo, pues hemos logrado impresionar su lenguaje haciendo descender sobre ellos, durante la noche, micrófonos ultrasensibles.

El Regidor hizo una indicación y Avolf trajo un pequeño magnetofón. Pulsó un botón y la fina cinta, de no más de un milímetro de grosor, inició el proceso. Todos escucharon una conversación sostenida, por los distintos tonos de voz, por tres personas. Pasados cinco minutos, paró el minúsculo grabador e interrogó:

—¿Qué deducción has sacado, Uli?

El interpelado meditó unos instantes antes de responder.

—Diría que me sería fácil aprenderlo; es un idioma muy semejante al nuestro por las inflexiones y modulación de sílabas; como hablarían, quizá, nuestros antepasados.

—Exacto, Uli, esta es la conclusión a la que hemos llegado Joval y yo. Es más, cuando escuché inicialmente todas las grabaciones efectuadas, quedé sorprendido de la similitud lingüística existente y me hizo pensar en un común advenimiento de la vida humana en Cirok, en el tercer planeta y con toda probabilidad en el cuarto. El diálogo, objeto de nuestro tema, corresponde al idioma hablado por los hombres de la raza, tan semejante a ti, de la fotografía que te hemos mostrado.

—Entonces, si la aparición del hombre inteligente fue coetánea en ambos mundos, ¿como te explicas el estado de incivilización en que, según me has dicho, se encuentran?

—Celebro tu pregunta, Uli, por cuanto me has facilitado la

exposición del motivo de esta reunión. Quisiera que una nave aeroespacial te transportara al tercer planeta, convivieras con sus habitantes y averiguaras, precisamente, el por qué. Además del estudio que deberías hacer de ellos, la misión principal consistiría en ésta: ¿podemos ayudarlos y sacarlos del atraso, con respecto a nosotros, de miles de años?

—¿Yo? — preguntó Uli con claras muestras de sorpresa no exenta de inquietud.

Ahora ya sabes cuál es mi proyecto. Para llevarlo a cabo, debido a tu aspecto físico, inteligencia y dotes de observación, me has parecido el más idóneo.

No obstante, recuerda, puedes rehusar tal cometido. Caso de aceptar, previamente serás sometido a una preparación intensa para comprobar si podrías adaptarte a las condiciones de atmósfera, temperatura...; en una palabra, a las condiciones climatológicas del tercer planeta, pues de no haber una seguridad absoluta de tu supervivencia no se llevaría a cabo el intento. Tú y Joval, ayudados únicamente por un par de colaboradores, deberéis realizar las pruebas necesarias, al objeto de poder despejar la primera y más importante incógnita: ¿le será posible a un hombre de Cirok vivir en otro medio ambiente? Reflexiona sosegadamente y ya me darás a conocer tu decisión.

Uli miró a su antiguo profesor y le formuló, con la mirada, una muda pregunta. Joval, en contestación, inclinó la cabeza en señal de asentimiento. Fue suficiente para Uli.

—Acepto, Regidor.

—Así lo esperaba, Uli.

CAPÍTULO III

A la mañana siguiente, un grupo formado por tres parejas constituidas cada una por dos ingenieros, dos pilotos de naves espaciales y dos médicos, volaron hacia una pequeña y solitaria base experimental con la misión de llevar a cabo los ensayos necesarios para la consecución de la enigmática posibilidad de poner a un habitante de Cirok a convivir con los humanos del tercer planeta.

Jaro y Rubo tenían encomendada la labor de dirigir la terminación de una nueva astronave a la cual, utilizando por primera vez la transformación de la energía lumínica en fuerza motriz, se le daría una velocidad media de veinte mil kilómetros hora, y que, al estar concluida, Avolf e hijo probarían concienzudamente. Entre tanto, Joval y Uli, con dos médicos ayudantes anticipadamente seleccionados, iniciarían el proceso de la posible adaptación de este último al ambienté de la atmósfera del planeta sujeto a estudio.

Tras muchas experiencias efectuadas por el equipo de médicos, por medio de la enzitania, droga acabada de descubrir por síntesis se logró transformar el aire respirable del tercer planeta en una composición muy similar, casi exacta, al de Cirok, compuesto por oxígeno ionizado y neutro, nitrógeno y anhídrido carbónico.

Ingiriendo enzitania, Uli pasaba mucho tiempo en una campana transparente rellenada previamente de aire artificial preparado, y al cual debía de acomodarse para llevar a feliz término el plan previsto, sin que su organismo acusara grandes molestias. Después, paulatinamente, fueron disminuyendo la dosis de la droga y transcurrido poco más de un año de continuadas verificaciones el organismo de Uli se había adaptado completamente. El éxito del experimento había sido total.

Aquella mañana, mientras comían unos emparedados en el laboratorio, Joval con manifiesta admiración comentó con su discípulo:

—Lo estoy viendo y no lo creo, no es posible. No. no es posible.

—¿Qué cosa, profesor? — preguntó Uli.

—Tú. ¿Te das cuenta de que te has convertido en un superhombre? Puedes vivir, indistintamente, en dos atmósferas y el

metabolismo de tu cuerpo no sufre alteración. Tu adaptación se sale de las reglas de la normalidad.

—No, profesor. Yo más bien lo creo providencia del Creador al disponer nuestro organismo para que, algún día quizás muy lejano, los hombres podamos vivir en cualquiera de los mundos por Él creados. ¿Hay, acaso, algún humano conocedor de sus designios?

—Es la explicación que mejor podías darme, Uli, porque fisiológicamente, sin el uso de la enzitania, no lo creía posible.

Cinco días después de esta conversación, al penetrar, al igual como venían haciendo cotidianamente, en la sala donde se reunían para conferenciar sobre los progresos obtenidos por cada grupo, se encontraron sorprendidos por la presencia del Regidor, quien, luego de saludarles afablemente, pasó a explicar la causa inusitada de su visita.

—Bien, ya estamos congregados de nuevo. Por los informes remitidos de vuestro trabajo, he llegado a la conclusión de que la fase preliminar de mi proyecto está favorablemente terminada. Jaro y Rubo tienen la nave totalmente dispuesta y Avolf y Volf están perfectamente adiestrados en su manejo. Por otra parte, Uli también está en condiciones de emprender la aventura. Ahora, en esta época del año, estamos entrando en la mínima oposición con el tercer planeta, circunstancia que reduce considerablemente la distancia entre ambos astros, por cuya razón las condiciones son las más propicias para iniciar la segunda etapa. Aunque Uli, sin duda alguna, tiene la parte más dificultosa y arriesgada, sois vosotros seis quienes debéis continuar con el plan trazado. Antes de proseguir quiero formularos, para mi tranquilidad y obligación, una pregunta: ¿estáis dispuestos de buen grado a perseverar?

—Sí, Regidor — fue la unánime respuesta.

—¿Hay inconveniente en partir hoy, ahora mismo?

—No — contestó rápidamente Joval, erigido desde el primer día como jefe de la expedición—; la nave está suficientemente equipada y abastecida para el viaje de ida y retorno. Si es tu deseo, podemos emprender el vuelo en este momento.

—Entonces, hacerlo de inmediato. Deseo ver vuestra partida.

Seguidamente, cada uno de los presentes fue abrazado por el Regidor y, saliendo de la habitación, se encaminó hacia la reluciente nave espacial posada escasamente a un centenar de metros.

—Tú tienes encomendada la misión más ardua, Uli. Cuídate mucho, pues, si te ocurriera cualquier percance, no me lo perdonaría jamás.

—No temas, Regidor, no me ocurrirá nada. Para convencerte, ya te anuncio que, cuando mis compañeros me traigan de regreso a Cirok seré portador, para ti, de alguna curiosidad del tercer planeta.

—En tu gestión, posiblemente, tengas que afrontar peligros ahora desconocidos; ante todo, tenlo presente, cuida de tu vida — repitió con visible emoción el Regidor, preocupado en el último instante, en el momento decisivo de la partida.

* * *

La gran nave, de forma cilíndrica y común promontorio totalmente transparente en su parte central, se elevó lenta y majestuosa del suelo. En el interior, y frente a unos complicados tableros repletos de conmutadores, indicadores y palancas, se habían acomodado los pilotos, quienes, según el programa previsto, se turnarían de la nave, el otro pudiera descansar y dormir. Detrás, y alrededor de una pequeña mesa circular, tomaron asiento los ingenieros y los dos médicos. Uli observó con gran satisfacción que el cómodo sillón a él destinado era de dimensiones superiores a los demás. En la construcción, Jaro y Rubo habían tenido en cuenta las mayores proporciones de su cuerpo. Cuando la astronave alcanzó verticalmente la altura deseada, inició la marcha en sentido horizontal aumentando, a la par, progresivamente de velocidad.

—El viaje tendrá una duración aproximada de tres meses; como no creo que la pérdida de unas horas pueda importar mucho daremos una vuelta alrededor de Cirok, ¿os parece bien?—preguntó Avolf.

—Estupendo, pero no imprimas mucha velocidad, así podremos recrearnos con la visión panorámica.

Una vez alejados de las cercanías de Cirok y con regular velocidad de crucero, Joval dijo a Uli:

—Ven, voy a mostrarte la nave, tú eres el único que, ocupado en tu preparación, no has estado antes en ella.

Pasaron al segundo compartimiento y Joval mostró a Uli seis camarotes, tres en cada lado, provistos de literas y confortables sillones plegables, visófonos de circuito interior al alcance de la

mano con conexiones en todas las partes de la nave, un pequeño lavabo y una pantalla, en la cual podían proyectarse películas en los muchos ratos de ocio, si así lo deseaban, o bien emitir simplemente música de las grabaciones de su interior. Al mostrar el último camarote a Uli. Joval comentó sonriente:

—Éste es el tuyo; ya ves que también la litera es mayor que las demás.

En el tercer departamento se habían instalado los laboratorios de trabajo de los ingenieros y de ellos mismos. En un extremo, había una campana neumática de duro plástico transparente semejante a la que Uli inició el proceso de su adaptación.

—La atmósfera de la nave es la misma de Cirok, por tanto, diariamente pasarás unas horas en su interior — explicó Joval a Uli al mostrársela —, al objeto de que puedas conservar ese don tan maravilloso que has logrado.

La última parte de la nave la constituía el almacén. Perfectamente dispuestos en metálicas estanterías, había multitud de variados alimentos envasados, útiles de trabajo, piezas de recambio en prevención de una posible avería, y la sección de productos químicos.

—Detrás de este almacén hay los motores que impulsan a la nave; de esa parte cuidan exclusivamente Rubo y Jaro. ¿Quieres visitarla?

—No es necesario, Joval; mis conocimientos de mecánica son nulos.

Los días de vuelo por el espacio se sucedieron y ninguno de los tripulantes dio muestras de cansancio ni claustrofobia. Exactamente a los noventa días de navegación la nave avistó con toda claridad el objetivo de su viaje. El tercer planeta del sistema solar. Contemplado desde la carlinga, el astro ofrecía un aspecto portentoso. Grandes zonas de agua maravillosamente azulada rodeaban a extensos continentes que ofrecían grandes contrastes, pues en los mismos se veían claramente zonas con nieves perpetuas, otras con exuberante y tupida vegetación, a tenor del verde colorido, y zonas completamente desérticas.

Poco después, Avolf paró los propulsores y accionó el sistema antigravitatorio. Tras perder el impulso de la inercia, la nave quedó suspendida en el aire a una altura de seis mil metros; únicamente la movía una ligerísima e imperceptible trepidación semejante a las

corrientes del aire atmosférico.

En tal posición y de común acuerdo, los tripulantes se sentaron alrededor de la pequeña mesa circular usada como comedor y sala de charlas. Jovel fue el primero en quebrantar el mutismo de los expedicionarios.

—Uli, ha llegado el gran momento. Cuando el hemisferio donde vas a iniciar la investigación no esté iluminado por el sol aterrizaremos. Todo cuanto hagas a partir de aquel momento dependerá de tu albedrío y de tus únicas fuerzas, puesto que nosotros regresaremos a Cirok. La primera intención del Regidor era que la nave permaneciera siempre junto a ti, pero no es factible tal medida por cuanto, antes de poder regresar tendríamos que estar en el espacio cerca de dos años en espera de la próxima oposición menor entre ambos planetas, tiempo que indudablemente llegaría a dañar nuestras mentes por un encierro e aislamiento tan prolongado, Cuando hayas aterrizado e inicies el intento de convivir con los habitantes, procura no desprenderte del cinturón que te se ha confeccionado. En las distintas secciones llevas productos que pueden ayudarte en alguna eventualidad y que como médico sabes emplear. Si tu organismo se resiente con el cambio brusco de ambiente, usa la enzitania. Sobre todo no te separes nunca del cinturón, pues lleva incrustado una placa de vejol merced a cuyas continuas pero inofensivas radiaciones podremos localizarte al instante cuando regresemos para llevarte a nuestro mundo. Ya sé que te he repetido las mismas instrucciones muchas veces, pero la verdad, Uli, estoy preocupado; vas a ser el primer habitante de Cirok en pisar ese planeta tan incivilizado y temo que no te acojan con benevolencia. Aún estás a tiempo, amigo mío. ¿Quieres desistir?

— No, Joval, seguiré adelante con el proyecto.

—Entonces, voy a mostrarte un ingenio que deberás llevar contigo, Rubo — dijo al ingeniero—, ¿quieres mostrárselo?

Rubo depositó en la mesa un aparato de unos veinticinco centímetros de largo por diez de alto y ancho. En un extremo había un pequeño orificio y una palanca que llegaba a la mitad del largo. En la parte inferior había un control con dieciséis posiciones.

—¿Sabes qué es?

—A simple vista parece un productor de rayos Sommer —contestó Uli.

—Y lo es, pero con una variante introducida por Rubo. En su punto, uno emite Sommer de igual longitud y temperatura que los usados en nuestros hospitales para cauterizar heridas y destruir gérmenes de constitución diferente a las células de nuestro organismo. Si colocas el control en la posición dos, duplica la intensidad de la primera posición. Si en el tercero, duplicas la del segundo, si en el cuarto duplicas la del tercero...; y así sucesivamente. ¿Imaginas lo que ocurrirá si pones el control en la última posición? Emitirá un rayo de tal extremada longitud y calor que podrás destruir en contados segundos todo cuanto quieras.

—¡Pero mi misión es pacífica, Joval! ¡No voy a destruir sino a ayudar!

—Sí, Uli, ésta es nuestra verdadera intención, pero ¿quién asegura que no te sobrevenga algún peligro? Entonces, te lo ordeno, úsalo; nadie quiere el sacrificio de tu vida, ¿comprendes? Nadie. No confundas nunca nuestros deseos de ayudar a aquellas pobres gentes con el de tu sacrificio. Vístete ya como uno de ellos; la hora está cercana.

La noche, con su negrura absoluta, sin una estrella visible en el firmamento, parecía la más apropiada para el desembarco de un hombre extraterrestre en el planeta Tierra. La tripulación de la nave invasora no podía haber precisado su arribada en una noche lluviosa, a juzgar por la gran concentración de nimbos a escasamente mil metros de altitud. La suerte les favorecía en el intento, pues los habitantes del lugar escogido para el aterrizaje estarían recogidos en sus lares y posiblemente nadie les vería descender.

Con sólo una ligera vibración, motivada por el sentido contrario de las fuerzas de atracción, natural la del planeta y artificial la de la nave, una vez calculada por las computadoras de a bordo la gravedad a imprimir a la astronave, ésta descendió rápidamente hasta llegar a un centenar de metros de la superficie del planeta, luego progresivamente las fuerzas contrarias se igualaron en potencia hasta que la nave sufrió una ligera sacudida. Se había consumado la segunda fase del proyecto; la astronave había tomado tierra en el tercer planeta. Después de noventa días de vuelo por los espacios siderales, se descorrió a un lado la puerta de acceso a la nave y con un salto ligero el intruso sentó pie en el planeta objeto de

observación y estudio. Silenciosamente cerróse la escotilla e instantáneamente el inusitado aparato volador inició un despegue vertical.

Uli quedó con la mirada fija en el casi imperceptible halo rosado que circundaba a la nave y cuando ésta inició la marcha de regreso a Cirok, su cuerpo percibió el desplazamiento del aire ocasionado por la primera toma de velocidad efectuada a escasa altura. A los pocos segundos el halo cobró intensidad a la par que se desplazaba y ascendía rápidamente. Momentos después, nada. Por primera vez, durante el año y medio pasados en la fase preliminar del proyecto, sintió un estremecimiento y simultáneamente, también, le asaltó una nueva sensación: la del temor. Sí, Uli sintió miedo de la soledad en que se encontraba en un planeta tan distante al suyo. Involuntariamente desfilaron por su mente las imágenes de los seres de Cirok, su madre, Dana, la cual ni siquiera había sabido de él desde su partida de la aldea R. 183, del Regidor, de Joved... Y, entonces, presa de pánico se arrepintió de no haber desistido del experimento cuando fue requerido por última vez. La sensación de soledad y vacío era tan persistente que, dejando dominar el instinto por encima de la razón, sacó del cinturón el transmisor para llamar a la astronave cada vez más distante. Se aproximó el diminuto micrófono a los labios y pulsó el botón de contacto. Si Joval se hallaba todavía dentro del campo de las ondas, pensó instintivamente, se encendería una luz verde en el panel de mandos acompañado de un blip, blip, auditivo. En aquellos precisos instantes, la lluvia presagiada cayó del cielo en intenso chaparrón, y Uli lo recibió cual fuerte ducha de agua fría. La frigidez del líquido en su cabeza y cuerpo pareció despertarle del letargo y devolverle el dominio de las facultades mentales.

—¡Responde, Uli, responde! —repetía incesantemente muy baja la voz de Joval en el receptor —. ¿Qué te ocurre? ¡Responde, Uli, responde!

—Nada, Joval, únicamente quería deciros adiós a todos.

—Tu receptor debe de tener alguna avería, has tardado mucho en contestar.

—No, Joval; lo tengo colocado en su mínimo volumen y la lluvia que está cayendo ahogaba tus palabras. No puedes imaginarte la violencia de un aguacero en el tercer planeta. Es... bueno, ya os lo

contaré cuando regreséis. Por el momento sabed que, en pocos segundos me he mojado tanto como si me hubiera dado un chapuzón en el río de mi aldea. ¡Hasta vuestro regreso!

—Suerte, Uli — dijo la voz de Volf.

—Cuídate, muchacho — la de Joval.

—¡Hasta pronto! —la del ingeniero Rubo.

Uli se dio cuenta de que la lluvia, que mojaba sus largos cabellos, se deslizaba por su rostro hasta la enmarañada barba y su ropa, a través de la cual le empapaba completamente el cuerpo, le había sido providencial, pues su intención había sido... renunciar a su misión precisamente en el primer momento de iniciarla. Avergonzado de su momentánea cobardía, depositó de nuevo la minúscula emisora—receptora en el interior del cinturón y con fríos y torpes dedos extrajo una pequeñísima pila de luz negra; acomodó en su mojado rostro, sobre los ojos, dos círculos provistos de respectivos cristales y los adhirió por el sencillo procedimiento de una ventosa. Seguidamente, agachó parcialmente la cabeza y dio una vuelta completa al brazo observando los alrededores. El terreno era pedregoso y no mostraba ningún refugio donde poder guarecerse de la persistente lluvia. Levantó un pie y lo puso delante de su cuerpo, era el primer paso de un habitante de Cirok sobre el tercer planeta, sobre la Tierra. Siguió otro paso, luego otro, y siempre iluminado por las radiaciones ultravioletas, invisibles al ojo humano, emitidas por la pila, empezó a andar. Llevaba caminando más de una hora, sin haber amainado la lluvia torrencial, cuando divisó una cueva en un montículo cercano y sin pensarlo, movido únicamente por el instinto, echó a correr hacia ella. Hasta después de haber penetrado en el interior no se percató de que su carrera había sido lenta. La mayor gravedad de la Tierra, con respecto a Cirok, le había hecho más pesado, menos ágil.

La cavidad en que se refugió Uli era de reducidas dimensiones; escasamente tendría más de dos metros de profundidad por uno de alto. Encorvado, se desvistió el mojado ropaje y quedó completamente desnudo. En su cuerpo, sólo había el cinturón impermeable del que pendía el proyector de rayos Sommer. Desenganchó el artefacto, lo colocó en la posición número dos, quitó el seguro y apretó la palanca. Instantáneamente, brotó un rayo de luz azulada y lo pasó repetidamente por sobre la mojada

indumentaria. El calor producido hizo surgir vapor de agua y cinco minutos; después al tener la túnica completamente seca, se frotó fuertemente con la misma la cabeza, cara y cuerpo, hasta haber eliminado la humedad. Nuevamente proyectó una continua descarga de Sommers sobre las amplias vestiduras, semejantes a las usadas por los terrestres de aquella zona, y al estar enjugadas colgó del cinturón el proyector y procedió a vestirse. Apagó la pila, se quitó los lentes, secándolos con el borde de la túnica, y tras guardarlos se acurrucó en un rincón de la cueva mientras monolagaba:

—Mi primer contacto con el tercer planeta no ha sido muy agradable; esperemos que en lo sucesivo sea mejor.

En el exterior, la lluvia continuaba arreciando y el rumor producido por el choque de las gotas de agua sobre la dura y pedregosa tierra, actuaron sobre él como un sedante. Cerró los ojos, le fue invadiendo poco a poco un dulce sopor y, sin tener clara conciencia de ello, quedóse profundamente dormido.

Pese a la incomodidad, el hombre recién arribado de un planeta lejano continuaba durmiendo plácidamente y hasta tanto la luz de los ardientes rayos del sol de la mañana siguiente no le dio en el rostro, no se despertó. Al abrir los ojos, vio frente a él a un niño de unos doce años que le estaba observando con claras muestras de extrañeza. Uli alargó las piernas, le sonrió y le dijo:

—¡Hola, muchacho! ¡Vaya lluvias tenéis por aquí!

El niño lo miró y se encogió de hombros. No había entendido las palabras.

Cuando Uli se levantó del duro suelo e intentó salir de la cueva el chiquillo se apartó a una distancia prudencial de él y, al flexionar Uli repetidas veces las piernas, a fin de desentumecerse de la forzada posición en que pasó la mitad de la noche precedente se quedó, sin alejarse más, observándolo curioso.

—Ven, acércate, niño — le demandó Uli.

El muchacho, si bien no entendió las palabras del hombre, al no ver gesto animoso sino un rostro bondadoso con mirada afable se acercó lentamente a él y preguntó:

—Tú eres forastero, ¿verdad?

Ahora era el niño quien preguntaba sin poder contener por más tiempo la curiosidad.

Al igual como hiciera el muchacho momentos antes, Uli se

encogió de hombros queriendo indicarle que tampoco comprendía la pregunta.

Estuvieron contemplándose mutuamente largo rato, hasta que el niño rompió el silencio establecido entre ambos, al desenvolver un paquete y mostrar un pedazo de pan, dos chuletas fritas e invitar:

—¿Quieres comer un poco de esto?

Uli comprendió, por el gesto, la intención del muchacho y se reprochó el no haberse traído de la nave comestibles suficientes para una temporada. Habían previsto los detalles más esenciales, pero incomprensiblemente todos habían olvidado uno a primera vista elemental y que ahora, ante la necesidad, resultaba tener una importancia primordial. Como ser humano no estaba excluido de las necesidades corporales y, al sentir apetito, afirmó con una inclinación de cabeza a la pregunta de su pequeño benefactor.

El niño terrestre partió un pedazo de pan y junto con una chuleta lo entregó a Uli. Éste, al asir el pan, y como primer eslabón de su investigación, lo estudió rápidamente e hizo el comentario del resultado de su examen:

—Harina de cereales amasada y cocida.

Y como haría cualquier terrestre mordió el pan y lo masticó. Lo encontró insípido y mordió parte de la chuleta. Juntos los dos alimentos le fueron más agradables al paladar. El niño también comió su parte y ambos, con manifiesto apetito, concluyeron pronto con las respectivas raciones.

—Yo me llamo Roboam, ¿y tú?

La contestación fue un nuevo encogimiento de hombros por parte de Uli.

—Yo, Roboam. Yo, Roboam. Yo me llamo Roboam — repetía el muchacho golpeándose suavemente el pecho.

La mirada de Uli cobró un fulgor de inteligencia. Había comprendido el deseo del muchacho. Imitó el gesto y contestó:

—Yo, Uli. Yo me llamo Uli.

—¿Quieres jugar conmigo, Uli? Jugar, ¿comprendes? jugar.

—Uli, Roboam, jugar.

Roboam echó a correr y Uli fue tras él, intentando darle alcance, pero a los pocos momentos el hombre tuvo que detenerse al sentir ahogo y fuertes palpitaciones en el corazón. Comprendió, por la recién experiencia, que su organismo aún no estaba lo

suficientemente adaptado para efectuar ejercicios violentos en el tercer planeta. Se sentó en el suelo e introdujo la mano en el interior del ropaje, sacó del cinturón una pequeña cápsula de enzitania, la masticó y la degluto acto seguido.

Roboam, al ver sentado a Uli, se acercó a él y, al observar la respiración agitada y la palidez del rostro de su compañero de juego, le preguntó entre extrañado y compasivo:

—¿No puedes correr, Uli? ¿Estás fatigado?

—Uli fatigado — respondió al comprender la pregunta.

La respiración del hombre extraterrestre se fue acompasando, a medida que la droga surtía sus efectos energéticos. Se levantó, miró a su alrededor y con el brazo extendido señaló a una aldea situada a unos dos kilómetros de distancia.

—Es Jericó, mi pueblo. Jericó, ¿comprendes?

—Jericó — respondió Uli como un eco.

—Vamos, te llevaré.

Roboam asió la mano de Uli y emprendieron la marcha hacia la próxima ciudad. Al penetrar en ella, el hombre de Cirok vio unas estrechas y embarradas callejuelas, a cuyos lados se levantaban edificaciones de escasa altura construidas sin técnica ni belleza arquitectónica de las cuales las de mayores proporciones no pasaban de un sólo piso. Estuvieron paseando cerca de una hora por entre una abigarrada multitud sin que Uli, con el mayor disimulo, dejara de observar todos los pormenores del primitivismo de aquellas gentes.

En una de las casas, que debía de ser un almacén, y sobre un rústico mostrador de madera, había apiladas grandes porciones de la comida que Roboam le ofreciera poco antes... Harina de cereales amasada y cocida.

Uli penetró en el interior y ajeno a las costumbres del pueblo asió uno de los panes y se lo puso debajo del brazo. Miró en torno del tosco almacén y, no viendo ninguna clase de alimento más, salió a la calle para reunirse de nuevo con Roboam que, sin dejar de mirarlo, lo aguardaba en la puerta. No habían andado más de dos pasos cuando Uli sintió sobre su hombro una fuerte mano que le obligó a dar la vuelta. Frente a él, había un hombre aproximadamente de su misma talla, de largo cabello y barba negra, con la mirada colérica.

—Forastero, ¿no te has olvidado de pagarme el pan?

El grado diferente de civilización de Cirok y de la Tierra habían establecido costumbres muy distintas y de ello Uli pronto tendría oportunidad de experimentarlo. Como no entendiera al hombre, no pronunció palabra.

—¡Te digo que me pagues el pan! — gritó el panadero en cuyo rostro reflejaba la ira de que estaba poseído.

Uli respondió de la única manera conocida para indicar al hombre que no comprendía sus palabras: se encogió de hombros.

¿Interpretó el terrestre equivocadamente el gesto de Uli pese a la cordial sonrisa? Así debió de ser porque acto seguido pegó tan tremebunda bofetada en el rostro de Uli que lo hizo trastabillar. Envalentonado por la endeblez aparente de su oponente, y antes de que recobrara el equilibrio, el panadero repitió el castigo golpeándolo fuertemente con el puño cerrado en el mentón. A consecuencia del rudo golpe, Uli cayó al suelo a la par que el pan deslizándose de su brazo rodaba por la embarrada calle. Totalmente conturbado y con la visión borrosa, el hombre de Cirok intentó levantarse, pero tan pronto estuvo arrodillado recibió otro demoledor puñetazo en la mejilla que lo derribó de nuevo.

Uli sacudió repetidas veces la cabeza con el intento de despejar las tinieblas de su cerebro, mientras apoyaba una mano en el suelo con el propósito de levantarse. Fijó la mirada en el niño y el pequeño Roboam vio en ella tanta incomprensión que, saliendo del círculo de curiosos e interponiéndose entre ambos hombres con una energía impropia de un niño de su edad, increpó valientemente al panadero:

—¡Basta ya, no lo maltrates más! ¿No ves que es extranjero? Mi padre te pagará con creces tu pan.

—¿Y puede saberse quién es tu padre, mocoso? — preguntó sin traza de haberse apaciguado fija la atención en el caído.

—Josué — respondió con el pecho henchido de orgullo —. Josué, descendiente del Josué que destruyó las murallas de Jericó.

—Es verdad, Isaac — corroboró una de las mujeres del corro—, el chico es hijo del patriarca Josué.

Roboam se acercó a Uli y le tendió la mano para ayudarle a levantarse del fangoso suelo. Cuando estuvo de pie, el chiquillo se acercó al pan y de un fuerte puntapié lo lanzó en dirección al panadero.

—No queremos tu pan, Isaac, y recuerda cuanto te he dicho: mi padre cuidará de abonarte su precio.

El hombre de Cirok y el pequeño terrestre pasaron por entre la silenciosa y expectante multitud, que les abrió paso como por ensalmo, sin volver la cabeza. Asidos, de nuevo, de la mano continuaron el paseo por el interior de la ciudad. Mientras caminaban el cerebro de Uli, hecho un caos, intentaba comprender la razón de la brutalidad del hombre que lo golpeó por el mero hecho de coger un pan del almacén. Al propio tiempo, analizaba maravillado la entereza de la acción de Roboam que, gracias a su indudable intervención, impidió al panadero continuar con el despiadado castigo. Salieron de las puertas de Jericó por el lado opuesto y Roboam condujo a Uli a un cercano bosquecillo atravesado por un torrente, afluente del río Jordán, por cuyo curso se deslizaba mansamente una corriente de agua cristalina.

Uli se arrodilló en el borde, hizo cuenco con ambas manos y se lavó el rostro. La frescura del agua le calmó el escozor de las erosiones y hematomas en las partes dañadas por los golpes de Isaac. Después, con un extremo de la túnica se enjugó.

—Si tienes sed puedes beberla, es buena.

Y, uniendo a la palabra la acción, Roboam se tendió en la hierba y con los labios en la superficie del agua la succionó dos o tres veces, acto que prontamente imitó Uli.

—He de regresar a mi casa Uli, y no puedo llevarte conmigo. Tú, — y lo señalaba con el dedo—, aguardas aquí, yo — y ahora se señalaba a sí mismo — te traeré comida, comida —. Le repitió cerrando los dedos e introduciéndolos en la boca — comida.

—Comida, Roboam, comida a Uli.

* * *

Los días se sucedieron rápidamente y Roboam, que se había impuesto tenazmente la misión de enseñar a Uli, cotidianamente le traía subsistencias suficientes para su alimentación. Enseñándole objetos y haciéndole repetir los nombres Uli, dotado como todos los habitantes de Cirok de una singular inteligencia, a los tres meses de su permanencia en la Tierra podía sostener cualquier clase de conversación en hebreo.

Hacia finales de agosto, y como si fuera un rito establecido, Uli

aguardó pacientemente todo el día a su pequeño amigo. Él sol, después de prolongada y angustiosa espera, desapareció tras las montañas de poniente y la obscuridad de la noche fue aumentando paulatinamente, sin que Roboam hubiera hecho aparición. Desazonado, comió unos pocos dátiles y, luego de calmar la sed en el próximo torrente, se tendió debajo de un pino y meditando sobre los hechos que le habían ocurrido en el tercer planeta, a la par con profunda nostalgia del suyo, quedó dormido.

Al amanecer del nuevo día, Uli se despertó a las primeras horas de la mañana. Acudió al riachuelo y se lavó concienzudamente. Después, regresó al punto de reunión y con creciente ansiedad continuó esperando a Roboam. Las horas le transcurrieron con tal desesperante lentitud que el día, para él, parecía no tener fin. Al caer la tarde, Roboam tampoco había acudido. La ausencia del chiquillo le causaba tanta sensación de soledad que llegó, incluso, a alterar su sistema neurovegetativo, pues, al tratar de ingerir un bocado de pan, tuvo que escupirlo presa de náuseas.

Y así transcurrieron tres días más. En el sexto día, y cuando los rayos del sol caían verticalmente, la ansia de Uli se convirtió ya en alarma. Forzosamente debía de haberle ocurrido algún percance a Roboam pues, por el estudio sicológico que del muchacho había hecho, no podía romper tan destempladamente la amistad establecida entre ellos. Decidido a averiguar la causa, emprendió el camino hacia la cercana Jericó.

Uli no se percató del cambio experimentado en su cuerpo durante su permanencia en la Tierra. El corretear incesantemente por el bosque, recibir los rayos del sol sin ningún resguardo y dormir a la intemperie le, habían fortalecido los músculos considerablemente; por esta razón sus pasos largos y rápidos no lo fatigaron en lo más mínimo.

Por habérsela mostrado Roboam en una de las múltiples visitas a Jericó, Uli se dirigió directamente a la casa habitada por la familia de su amiguito. Las puertas estaban abiertas de par en par y de una rápida mirada se percató de la multitud de personas del interior agrupadas en corrillos, con impresionante silencio unas y cuchicheando otras, en un rincón cercano a un gran hogar del cual pendía una olla ennegrecida.

—Soy Uli, amigo de Roboam. ¿Qué ocurre en la casa? —

interpeló a un solitario asistente situado próximo a la puerta.

—Roboam se está muriendo .De un momento a otro dejará de existir. Tiene la plaga de la garganta.

—¡No es posible! — fue la protesta de Uli —, ¡no es posible!

—Por desgracia si lo es — replicó el hombre.

—¿Puedo verlo?—por el tono de voz Uli formuló una súplica en vez de una demanda.

—¡Lobán! — llamó quedamente el hombre a un joven de pálida tez en la que se veía la congoja común, añadiendo al reunirse con ellos él, a no dudar, miembro de la familia —; se llama Uli y quiere ver al muchacho.

El llamado Lobán dio su asentimiento y alzando la cabeza miró a una cerrada puerta del piso superior.

Uli subió por unas crujientes escaleras de madera y llegó a la puerta indicada por Lobán, la golpeó suavemente con los nudillos y, al no obtener contestación, la abrió y penetró en el interior de una habitación sumida en la penumbra. Al acomodar la visión a la semioscuridad, de un fugaz vistazo se hizo cargo de la misma. En el centro había una gran cama de madera; con barrotes trabajados, en la cual Roboam descansaba tendido boca arriba. A cada lado de la cabecera, sentadas en rústicas sillas, había una mujer. La primera que atrajo su atención, con hebras plateadas en los cabellos, lloraba silenciosamente sin preocuparse de secar las lágrimas que se deslizaban por sus mejillas. La otra mujer era joven, de pelo largo y dorado, y aunque no lloraba tenía los ojos enrojecidos y el rostro acongojado. Por último, y de pie frente a la cama había un hombre, aproximadamente de su misma complexión, mesándose el largo cabello con gesto de desesperación e impotencia.

—Me llamo Uli y soy amigo de Roboam. ¿Me dejáis examinar al muchacho?

—Tú debes de ser el extranjero que mencionaba mi hijo, ¿verdad? ¿Crees poder hacer algo tú? A Roboam sólo podría salvarlo la mano de Yahveh — contestó el padre con un susurro.

—Josué, en mi pueblo yo ejercía la profesión de médico. No pretendo decir con ello que mi ciencia pueda sanar a Roboam. Pero ¿lo agravaría si lo intentara? Con toda certeza, no. Además, siento un gran afecto hacia tu hijo y deseo su curación casi tanto como tú.

—Tiene razón el extranjero, Josué, ¿qué perdemos con su

propósito si esperamos de un momento a otro la muerte de nuestro hijo? — intervino la mujer de más edad entre contenidos sollozos.

—Haz cuanto creas conveniente, Uli, porque mi mujer tiene razón. ¿Qué perderemos en tu intento? — autorizó sin mostrar esperanza en sus palabras.

Uli, con la mentalidad fría y precisa del médico, se acercó al inconsciente Roboam y le puso la mano sobre la frente. Tuvo la impresión de que la cabecita estaba ardiendo y la certeza de que la temperatura del niño estaba muy por encima de la normal.

—Josué, abre las ventanas, necesito mucha más luz — dijo Uli conminatorio.

Cuando los postigos fueron abiertos, la luz diurna penetró en la habitación iluminándola completamente.

Uli tomó el pulso de Roboam y, acto seguido apartó la sábana que lo cubría. Dejó el pecho del niño al descubierto y le aplicó el oído en el tórax auscultándole los latidos del corazón. Lo cubrió otra vez y con el dedo pulgar de la mano derecha le presionó la mandíbula inferior hasta conseguir abrirle la boca. La laringe del niño estaba cubierta por unas membranas blancas que Uli no vio jamás en ningún niño de Cirok. Tenía frente a él una enfermedad con aspecto mortal, totalmente desconocida.

—Si estuviéramos en mi país o pudiera comunicarme con Joval... —musitó en su propia lengua con claro desconcierto.

—"Todo cuanto hagas dependerá de tu albedrío", al repercutir en el cerebro de Uli las palabras del profesor como últimas advertencias antes del aterrizaje en la Tierra le hizo tomar la decisión.

—Josué, búscame una madera de unos dos dedos de ancha, como de un palmo de larga y de un grosor lo más fino posible.

El padre de Roboam, que no dejó un momento de observar las manipulaciones de Uli, salió de la habitación para cumplir el encargo al igual que un muñeco desprovisto de voluntad.

Hasta que no entró, diez minutos más tarde, nadie había pronunciado palabra en el aposento.

Uli cogió el improvisado opresor lingual entregado por Josué y acto seguido ordenó:

—Dejadme solo con Roboam. Voy a intentar curarle y que Yahveh nos proteja a todos.

—Pero ¿por qué nos haces salir? — arguyó la apenada madre.

—Créeme, mujer. Es mejor que me dejéis a solas con él. No temas, mi intención no es perjudicar al muchacho.

Josué hizo un ademán con la cabeza y salió de la habitación seguido de las dos mujeres.

Uli cerró la puerta y, acto seguido, descolgó de su cinturón el proyector de rayos Sommer. Se aseguró de colocar el indicador en la primera posición y se acercó a la cabecera de Roboam. Le abrió la boca y, usando la mano zurda, con la plana madera oprimió la lengua del enfermo en el paladar inferior. Con la derecha apretó el disparador del aparato y un fino haz de luz azulada brotó inmediatamente. Lo dirigió a las blancas membranas y éstas, poco a poco, fueron ennegreciéndose. Varios minutos después, dejó de efectuar la incierta cura y ocultó debajo de su ropaje el proyector.

—Indudablemente es una enfermedad terriblemente infecto—contagiosa puesto que la han llamado plaga — monologó —; además, las toxinas le han afectado el miocardio. ¿Podría surtir efectos una pequeña dosis de perical? — preguntó al saberse poseedor de la potente droga antibacteriana y antitóxica de que Joval le proveyó.

Paseó por la habitación sumido en la duda de si administrársela o no, hasta que, al dirigir la mirada al postrado chiquillo tomó la determinación:

—He de probarlo todo, no quiero que Roboam muera.

De uno de los compartimientos del cinturón sacó tres cajitas redondas. Eligió una, la desenroscó y extrajo de la misma una delgada pastilla de unos tres milímetros de diámetro. La partió en cuatro porciones, dejó una a los pies de la cama y depositó las tres restantes en la caja. Tras guardar los tres envases en el cinturón se acercó a la puerta y la abrió. En el estrecho corredor, cerca de la puerta, estaban Josué y las dos mujeres.

—Ya podéis pasar. La primera parte de la cura está efectuada. —Pero antes de que él padre pudiera entrar, añadió: —Josué, necesito medio vaso de agua hervida y un canuto delgado; un trozo de caña agujereada por ambos extremos puede servir. ¡Ah! que lo hiervan unos momentos y que nadie lo toque. ¿Me has comprendido?

Uli sabía sobradamente que el grado de asepsia de los terrestres era nulo.

Josué asintió y bajó a la planta para hacer cumplir cuanto había

ordenado Uli.

Poco tiempo después, una mujer les avisó de que el agua iniciaba la ebullición. Uli descendió y acercóse al fuego donde el agua hervía y, ante la expectación de todos, con la ayuda de dos cuchillos sacó el canuto del recipiente.

—Derramad el agua sobre un plato y luego vaciadlo. Después haréis lo mismo con un vaso — ordenó.

Depositó el canuto sobre el plato recién escaldado y demandó a la mujer que le servía:

—Quiero lavarme.

La sirvienta trajo una palangana llena de agua y Uli, a falta de mejor antiséptico, se lavó las manos profusamente y después se enjugó en una pieza de lino de inmaculada blancura.. Si bien no tomó precauciones múltiples en el reconocimiento inicial, una vez efectuada la cauterización de las membranas de la garganta de Roboam, todas las previsiones le parecían pocas a fin de no aumentar la infección.

—Poned medio vaso de agua hervida — dijo mostrando el cubilete lavado con agua en ebullición.

Seguidamente, cogió los utensilios rústicamente desinfectados y regresó a la habitación de Roboam. Empujó la entornada puerta con el pie, penetró en el interior y los puso en el extremo de una mesa próxima a la ventana. Aguardó a que el líquido se hubiera enfriado y echó la diminuta porción de perical. Revolvió seguidamente el agua con el canuto y, cuando la droga estuvo disuelta, se aproximó al enfermo.

—Por favor, apártate un poco y sostenme el vaso — pidió a la madre del enfermo.

Presionó de nuevo la barbilla de Roboam y éste volvió a abrir la boca. Con el dedo pulgar, tapó el orificio superior del canuto, convirtiéndolo en una primitiva pipeta a falta de instrumento sanitario mejor, lo sacó del vaso y lo introdujo en la boca del niño, separó el dedo y varias gotas le cayeron en la garganta. Repitió varias veces la operación y observó con satisfacción que, por acto reflejo, pese al estado de coma y con un hálito de vida, el niño las ingería.

—De momento no puedo hacer más; el tiempo dirá si he tenido éxito o no.

—¿Hay alguna esperanza, Uli — suplicó la madre —¿de que lo salves?

—El tiempo lo dirá, mujer — reiteró Uli—, yo así lo he intentado.

Nuevamente se hizo en la habitación un álgido silencio con todas las miradas puestas en el enfermo. Las horas siguientes transcurrieron con lentitud exasperante y, cuando la tarde llegaba a su fin, a juzgar por lo que había obscurecido en el dormitorio, Uli destapó al muchacho y lo auscultó largo rato. Levantó la cabeza, quedó pensativo y otra vez puso el oído en el pecho de Roboam. ¿Sería imaginación, fruto de su ansia, de su esperanza? Estaba seguro de que no; el corazón latía con ritmo más moderado.

Uli sintió sobre él la mirada angustiosa de tres pares de ojos en demanda de una explicación.

—Todavía no puedo aseguraros el resultado definitivo, pero creo que mi pequeño amigo ha mejorado un poco. Id a cenar. Yo cuidaré de él entre tanto.

—No tenemos apetito, Uli. Además, queremos permanecer aquí.

—¿Acaso queréis enfermar todos? Hacer cuanto os digo, desfallecidos no me serviréis de nada. Luego, vosotras dos os vais a dormir, Josué y yo velaremos durante la noche.

Josué, que miraba a Uli con respeto, con voz ronca corroboró:

—Hagamos cuanto dice, él sabe más que nosotros.

—Has hablado con sabiduría, Josué. Llévate el vaso y cuando subas tráemelo lleno hasta la mitad de agua hervida.

Al quedar solo, Uli, cuya finalidad principal consistía en no ser observado, extrajo otra porción de perical y aguardó pacientemente. Cuando regresó Josué, preparó la disolución y, valiéndose del anterior sistema, la introdujo en la boca de Roboam que bebió ávidamente.

—Mañana tal vez sepamos con más exactitud cual será el curso de la enfermedad.

—He traído comida par ti, Uli — solamente dijo Josué entregándole dos grandes rebanadas de pan con un gran bistec frito entre ellas y una vasija llena de vino.

—Igual que su hijo — pensó el hombre de Cirok.

A la mañana siguiente, aún antes de amanecer, entró Sara, la madre de Roboam, con una vela de sebo encendida y miró ansiosamente al niño. Éste dormía plácidamente sin respiración

desosegada de los días anteriores; y el instinto de madre le hizo saber que su hijo viviría. Llorando silenciosamente, ahora de alegría, miró a Uli con infinito agradecimiento. Éste sentado en la cabecera de la cama con la cabeza apoyada sobre el pecho, dormitaba, mientras Josué, en el otro lado, así a una mano del enfermo sin dejar de mirarlo a la incierta luz de otra vela que se estaba consumiendo.

El simple resplandor y el tenue rumor producido por Sara al entrar despertó a Uli, se levantó y con un susurro le dijo:

—Mujer, puedes estar tranquila. Lo salvaremos.

A media mañana y ante la expectación continua de Uli y la familia de Josué, Roboam abrió los ojos y con voz muy tenue pidió:

—¡Padre! Tengo sed.

La alegría de aquellos seres fue indescriptible. Después de dos días de postración completa, el enfermo parecía haber despertado del letargo.

—Dadle algo de alimento líquido, un poco de leche fría tal vez.

Roboam miró en dirección a la voz y, con un asomo de sonrisa, dijo:

—¡Uli! Sabía que vendrías porque esta noche te he soñado junto a mí.

—Sí, Roboam, yo estaré siempre a tu lado hasta que podamos ir a jugar por el bosque a perseguir lagartijas como hacíamos antes de tu enfermedad.

A medida que avanzaba el día, Uli no cesaba de observar los rosetones de las mejillas de la joven de larga cabellera rubia y rostro de singular belleza. Sin poder soportar más la incertidumbre, se acercó a ella y la miró fijamente en los grandes y azules ojos.

—Dime, muchacha, ¿te encuentras bien?

—Sí, me parece que sí — contestó dubitativa.

—Ven, acércate a la ventana.

La muchacha obedeció sumisa y Uli, cogiéndola por los hombros, la puso de cara a la luz del sol.

—Abre la boca, no, no, baja la lengua, así.

Examinó con atención a la joven y, aunque intentó disimular, en su rostro se reflejó la alarma. Después llamó:

—Josué, Sara, venid vosotros también. La chica está contagiada y quiero revisaros a ver como estáis.

La confianza depositada en el extranjero era absoluta y el matrimonio se le acercó abriendo la boca antes de que así se les ordenara.

—Vosotros, afortunadamente, estáis bien. En la chica empiezan a formársele las extrañas membranas en la laringe y no podemos esperar a que el mal progrese. Que se ponga en la cama, yo iré de inmediato.

Al conocer la desalentadora noticia dada por el médico extranjero, los rostros de Josué y Sara mostraron de nuevo la desesperación, desapareciendo de ellos la momentánea tranquilidad experimentada por la mejoría de Roboam.

—Obedece, Zaida, ¡por Yahveh te lo pido! —rogó Josué y después a Uli —; sálvala también y nuestras vidas te pertenecerán. No resistiríamos perder a nuestros dos hijos.

Uli, con manifiesto aspecto de agotamiento, entró en la habitación de Zaida, acostada ya en un lecho de igual contextura, que el de Roboam. Sara, con la faz demacrada, estaba allí expectante.

—Descúbrete el pecho, muchacha.

—No — contestó Zaida, con el rostro encendido de rubor, agarrando la sábana y poniéndola tirante por debajo de la barbilla.

—Vamos, vamos, no seas niña — díjole con gran dulzura Uli—, no voy a causarte ningún mal.

—Te lo ruego, señor, ten en cuenta que ya soy una mujer, no me obligues...

—Es necesario, Zaida. He de auscultar tu corazón y no dispongo de otro medio que el de mi oído.

Y al pensar que en Cirok, electrónicamente, en pocos segundos, tendría no sólo un cardiograma sino un análisis completo de la temperatura, pulsaciones, presión arterial y cuantos datos necesitaba, sintió nostalgia de su planeta. ¿Como era posible que en un mundo del mismo sistema solar los humanos de la Tierra tuvieran una civilización tantos siglos atrasada?

—Haz cuanto él te ordene, hija mía. Yo estaré a tu lado.

—Mira, muchacha, mi deseo no es ver tu cuerpo sino examinarte, ¿comprendes? En mi pueblo no damos importancia a tales nimiedades, porque nuestros instintos son diferentes, además, como médico, he visto a muchas mujeres antes que a ti — continuó Uli

con gran ternura—. Sara, descúbremela y tú, jovencita, cierra los ojos; te será menos penoso.

Sara, con manos trémulas, dejó al descubierto el pecho de Zaida.

Uli puso el oído sobre el pecho de la muchacha y percibió una respiración agitada.

—Cálmate, Zaida, relájate y no pienses en nada. Tu madre está a mi lado, aquí, junto a nosotros, tranquilízate, así..., calmada.

A medida que las palabras de Uli fluían, Zaida, con los ojos fuertemente apretados, fue sosegándose rápidamente hasta el extremo de parecer hallarse en estado hipnótico.

—Las palpitaciones todavía son normales, el miocardio no sufre alteraciones perceptibles a una simple auscultación — dijo a Sara, que no comprendió las palabras del médico —; cúbrela y después ve a hervir la maderita que usé para Roboam; escurres el agua del recipiente y me la traes. Pero sobre todo ¡no toques para nada la maderita! Otra cosa: esta enfermedad tiene visos de ser muy contagiosa, haz marchar a la muchedumbre de la planta y quédate únicamente con una sirvienta y nadie más. ¿Comprendido?

Sara salió del dormitorio para cumplir fielmente las instrucciones de Uli, momento que aprovechó éste para sacar el proyector de rayos Sommer y unas tabletas de perical, no sin antes haber indicado a la paciente:

—Continúa con los ojos cerrados y no los abras hasta tanto te avise, necesito que estés totalmente sosegada.

Mientras aguardaba, Uli percibió claramente el ruido de unos pasos en las escaleras y una voz colérica de hombre que decía:

—Zaida es mi prometida y creo tener más derecho que ese curandero extranjero a estar junto a ella.

Uli escondió precipitadamente el proyector y el perical debajo de la almohada de la joven y salió fuera de la alcoba. Frente a la puerta estaban Sara y el joven, al que oyó llamar Lobán.

—Lo siento, Lobán, no puedes entrar. Para el bien de todos también tendrías que irte de la casa.

En Cirok habrían sido suficientes tales palabras para que el hombre aceptase de buen grado cuanto se le indicaba sin necesidad de mayores explicaciones; pero el hombre terrestre, poseído de mentalidad diferente, con mirada dura le contestó con sorna:

—¿Sí? ¿Y quién va a impedírmelo, tú, extranjero del diablo?

—Sí, yo. Soy el médico y lo he creído conveniente —contestó Uli sin perder la impasibilidad.

—¡Lobán, por favor! Haz cuanto él diga — intercedió suplicante Sara—, ha salvado a Roboam y ahora lo hará con Zaida.

—Te complaceré a ti, Sara. Por el respeto que he de profesarte, pero en cuanto a ti, extranjero, te juro que volveremos a encontrarnos, veremos si entonces, sin el escudo de una mujer, tienes las mismas agallas.

Mientras Lobán descendía las escaleras, haciendo crujir cada peldaño con su fuerte pisar, Uli cogió la olla de Sara y ambos entraron en la habitación de la enferma. El hombre de Cirok, imperturbable, le dijo:

—Deseo quedarme a solas con ella. Cuida de que nadie entre mientras efectuó la cura…, ni siquiera tú.

Cuando Sara salió, cerró la puerta a sus espaldas y se aproximó a la cabecera del lecho. Cogió el rudimentario opresor lingual y habló quedamente a la joven:

—Zaida, siéntate en la cama abre la boca. — Ya fin de que no viera ella el extraño ingenio, añadió: —sentirás un ligero calor en la garganta; tú mantén los ojos cerrados y no te inquietes; es para curar tu mal.

Ella obedeció sumisa y Uli, comprimiéndole la lengua, hizo uso del rayo Sommer enfocándolo sobre las placas blancas hasta que adquirieron un color negruzco.

—Puedes tenderte.

Guardó otra vez el artefacto y sacó del provisional escondite las pastillas de perica],

—Bien, Zaida, estamos listos, ya puedes mostrar tus bonitos ojos. — Y con voz fuerte llamó —: ¡Sara, puedes entrar!

Uli como prevención profiláctica hizo tomar media tableta de perical a los habitantes de la casa, haciendo él lo propio. A los dos afectados, para él desconocida enfermedad y que muchos siglos después los terrestres evitarían al evolucionar progresivamente con la vacuna antidiftérica, continuó administrándoles la droga, cada vez más distanciadamente, hasta la total curación.

CAPÍTULO IV

Quince días después, en una mesa repleta de manjares y jarras de buen vino, el patriarca Josué daba un banquete íntimo a un invitado de honor: a Uli. Durante la comida, y reclinados en los cómodos divanes, Josué no dejó de observar la placidez del gran benefactor que salvó la vida a sus hijos con desconocidas medicinas, extraños sortilegios... o por poder transmitido por Yahveh, preguntándose quién era en realidad el hombre que encontrara un día Roboam en una cueva de los montes próximos. Dispuesto a despejar la incógnita de su cerebro, puesto que de su cabeza no podía apartar una extraño pensamiento, interrogó :

— Dime, Uli, ¿quién eres en realidad?

La pregunta sorprendió a Uli y se puso inmediatamente en guardia. ¿Habría algún rasgo en él o cometido inadvertidamente una lamentable equivocación para que con algún claro indicio pudieran llegar a sospechar de su origen extraterrestre? A la pregunta respondió con otra.

—¿Tengo algo especial que no tengáis vosotros? ¿Tienes alguna sospecha de mí?

Con impaciencia esperó la respuesta.

—No, Uli, pero tengo una duda desde hace varios días acerca de ti. Las curaciones de Zaida y Roboam han sido extraordinarias. En tu lengua no cabe la mentira porque, indudablemente, eres hombre de Dios. Respóndeme con sinceridad, ¿eres el profeta Elías que ha retornado a nuestro pueblo, el pueblo escogido?

—No, Josué, yo no soy ese tal Elías de que hablas, soy simplemente Uli. Si los nombres tienen cierta semejanza a la pronunciación, créeme, es mera casualidad. En cuanto a la curación de tus hijos, os lo he dicho repetidas veces, se ha debido a que en mi juventud, en mi pueblo, estudié medicina; he tenido mucha suerte y nada más.

Uli respondió sencillamente la verdad, el ocultar su origen no constituía ninguna mentira, con tal gravedad que sus palabras no fueron dudadas.

—Si involuntariamente te he ofendido, te ruego me perdones, Uli.

—No hablemos más de ello, ¿te parece bien, Josué? — respondió

Uli al percatarse de que el viso de la conversación encerraba un peligro para el secreto de la identidad de su persona.

Acababa la comida, después del ritual lavado de manos, Uli hizo una proposición:

—Zaida, Roboam, ¿os encontráis con fuerzas suficientes para dar un paseo hasta el bosquecito cercano?

—Yo sí Uli —palmoteo alegremente Roboam.

—¿Puedo ir yo también, padre?—solicitó Zaida a su progenitor.

—Sí, hija, ve con ellos si es tu gusto.

Aquél fue el primer paseo. Después, cotidianamente, los tres salían juntos hacia el bosque perenne, refugio de Uli durante los primeros meses de su permanencia en la Tierra. Mientras Roboam perseguía con todo su ardor de niño a cuantos animalejos pequeños divisaba, Zaida y Uli se sentaban sobre las hacinadas y secas hojas aciduladas de los pinos y conversaban alegremente sobre diferentes temas, estableciéndose prontamente entre ellos una profunda amistad.

Una tarde, que habían permanecido inadvertidamente en la excursión más tiempo del acostumbrado y el sol se ocultaba en poniente, Uli tomó del brazo a la muchacha y, con alegría que la sorprendió, le señaló hacia el cielo.

—Mira, Zaida, aquel planeta es Cirok.

—Nosotros le llamamos lucero vespertino. ¿Tanta satisfacción te produce su contemplación?

—Sí, Zaida, Cirok es... — afortunadamente se contuvo a tiempo — es muy bello.

—Es bello, en verdad, como todas las estrellas del firmamento. A mí me gusta contemplar el cielo estrellado. ¿A ti te ocurre igual, Uli?

—Sí, a mí también me gusta — respondió Uli como un eco, puesto que su pensamiento estaba en Cirok, en su planeta. Pensaba en su madre, en Dana..., Dana. ¿Era posible que el recuerdo de la mujer que, de no haber sido por la investigación propuesta por el Regidor, sería ya su esposa, se esfumara de su mente reemplazando su lugar la hermosa Zaida de proporciones más semejantes a las suyas? ¿Le estaría gustando Zaida cada día más?

Al penetrar en Jericó, iban escuchando atentamente las explicaciones de Roboam acerca de la gran lagartija, la cual según el narrador, sobrepasaba los dos palmos de longitud, que se le escapó

tras prolongada persecución. Zaida y Uli sabían que Roboam exageraba extraordinariamente el tamaño de su caza, pero, sin contradecirle, parecían creer todo cuanto el pequeño contaba.

El bienestar que experimentaban en aquellos momentos, de pronto, fue interrumpido, pues al pasar frente a la rústica panadería de Isaac, éste se plantó delante del terceto e, increpando al muchacho, con voz intemperada le dijo:

—Si mi memoria no me falla, dijiste que tu padre cuidaría de pagar el pan que tu amigo el extranjero me echó a perder. Aunque tu padre sea muy poderoso, óyelo bien, mocoso, si mañana no he recibido el importe daré otra paliza a tu amigo.

Uli se adelantó, se enfrentó con el iracundo panadero e intervino calmadamente:

—¿Tu proceder no te parece poco correcto al insultar al chico? Ten la seguridad de que se olvidó de indicar a su padre la deuda contraída contigo.

—Entonces, procura ser tú quien se lo haga saber, caso contrario, cuando te vuelva a encontrar te sacudiré de nuevo.

—Será si te lo permito, ¿verdad?

Isaac no esperaba tal respuesta. De genio vivo, sin proferir contestación, se lanzó sobre Uli y le propinó un fuerte puñetazo. El hombre de Cirok, como si aguardase de antemano la acometida, fintó a su adversario sin recibir el puñetazo demoledor, a la par que, asimismo, entraba en acción y, dispuesto a no ser vapuleado indemnemente, pasó al ataque. Su brazo izquierdo se estiró a gran velocidad e Isaac recibió en mitad de la frente el impacto del puño de Uli. A consecuencia del golpe vaciló un momento extrañado ante el inesperado contraataque y fue su perdición. Uli aprovechó la indecisión de su oponente y le asestó un potentísimo derechazo en la mejilla y lo derribó en el suelo.

—No te ha sido tan fácil como la otra vez. ¿Verdad, Isaac?

El hombre se levantó y se precipitó furiosamente sobre su enemigo, entablándose seguidamente una dura pelea entre ambos hombres que no cesaban de golpearse con saña.

Mientras Zaida pedía a los mirones, que pronto hicieron ruedo alrededor de los combatientes, su intervención y pararan la brutal contienda, Roboam no dejaba de jalear a su amigo que hasta aquel momento llevaba la iniciativa de la lucha.

—¡Bravo, Uli, zúrrale con la izquierda!

Isaac, poseído de la ira, atacaba furiosamente golpeando a ciegas a su rival. Uli, sereno, esquivaba la mayor parte de los golpes y procuraba devolverlos con mayor certeza. La eficacia de su mayor calma no tardó en dar el fruto apetecido. En el momento en que Isaac recobraba aliento, el hombre de Cirok, sin darle tregua, le acertó un tremendo zurdazo debajo de la oreja y el panadero, semiinconsciente, se derrumbó como un guiñapo.

—¿Tienes bastante o prefieres continuar? — preguntó jadeante Uli.

Al no recibir contestación, lo miró fijamente y continuó diciéndole:

—Mañana recibirás el dinero de tu pan, pero antes, por tu bien, déjame aconsejarte, Isaac, si en alguna ocasión viniera otro hombre hambriento en busca de tu mercancía, no lo golpees. Explícale primero que tú no das, que tú vendes.

Dio la espalda al caído y, acercándose a la temerosa Zaida y al entusiasmado Roboam, prosiguieron el camino ante las miradas de admiración de cuantos habían presenciado la pelea por ver derribado a Isaac, considerado uno de los hombres más fuertes de Jericó.

La pericia, fruto de la serenidad, había vencido netamente a la ciega fuerza bruta.

* * *

Los paseos de Uli y Zaida, aún bajo la escolta de Roboam, no habían pasado inadvertidos en el barrio habitado por Josué. Los comentarios del vecindario eran de lo más diverso, pues pasaban desde la simpatía, despertada por la pareja, debido a la afabilidad de sus caracteres, hasta las más acerbas críticas. Ellos, ajenos a todo, continuaban la misma rutina de los paseos hasta el bosque, hasta las tierras propiedad de la familia, o a las cercanías de los montes plagados de cuevas, habitadas en su mayoría por mendigos y desvalidos a los que Zaida entregaba pequeñas piezas metálicas gravadas con las cuales podrían obtener, a cambio, alimentos y ropa. La bondad innata de Zaida, a Uli le producía inmensa satisfacción, pues tal actitud de socorrer al desvalido no era la corriente entre los terrestres, satisfacción que aumentaba el afecto que experimentaba

hacia ella.

En especial, de entre todas las gentes de Jericó, había un hombre a quien la creciente amistad de Zaida y Uli, le llenaba de tortura, de rencor, de celos de odio. Aquel hombre joven sentía ansias de matar, de matar al intruso que cada día, al igual que una cuña golpeada, se introducía más entre él y Zaida. Muchas veces, en su desesperación, había, sentido impulsos de dar muerte al peligroso rival, pero el solo pensamiento de que llegara a descubrirse quién había sido el asesino detenía su mano de posible homicida. ¿Cuál sería la reacción del recto proceder de Josué al saberle el matador del hombre a quien consideraba su benefactor? ¿No le parecería pueril el aducir a los celos que le cegaban y le habrían impulsado a cometer el crimen?

Pero, meditó muchas veces, el acto que no podía realizar él, podían lograrlo otras personas impulsadas por un poderoso incentivo: el oro. Y esta era la razón por la cual Lobán, el respetado y admirado Lobán, departiera en una obscura callejuela de Jericó con tres hombres, en cuyos rostros mostraban claramente la bajeza de sus instintos. Los ladrones profesionales también podían convertirse en asesinos si la recompensa era suficientemente tentadora.

—Éste me ha dicho que deseabas hablarme, Lobán—dijo el que, al parecer, era el cabecilla de la reducida pandilla de granujas.

—Efectivamente, Farés, quiero proponerte un negocio.

—¿Tú, negociar con nosotros? —contestó el hombre con una carcajada burlona—. ¿Acaso, te quieres unir a mí, poderoso Lobán? — añadió con una grotesca reverencia celebrada por sus compinches con sendas risotadas.

Lobán, que a duras penas podía contener la ira ocasionada por la burla de los tres miserables fascinerosos, sin preámbulos expuso su proyecto.

—¿Os gustaría ganar cuarenta piezas de oro?

La cantidad mencionada por Lobán era una verdadera fortuna y Farés, puesto serio repentinamente, adivinó que tal precio sólo podía obedecer a una causa:

—¿A quién hay que matar?

—¿Lo haríais afrontando vosotros todas las consecuencias?

—¡Claro que lo haremos! Dinos el nombre de quién te estorba y jamás volverás a verlo en este mundo.

—Se llama Uli, es el huésped del patriarca Josué.

—¿El brujo? — preguntó uno del trío con manifiesto temor supersticioso.

—Qué brujo ni cuentos. Es un hombre como cualquiera de vosotros.

—Entonces, ¿por qué no lo eliminas tú? — continuó preguntando Farés.

—Yo no puedo, soy el prometido de la hija de Josué.

Farés, de inteligencia privilegiada puesta al servicio del mal, creyó adivinar los motivos qué impulsaban a Lobán a incitarles a cometer un asesinato e intentó sacar provecho de la repentina sospecha.

—Si se trata del brujo te costará sesenta monedas. Es un hombre peligroso; sabemos de la paliza que propinó al panadero Isaac.

—¿Peligroso Uli? ¡No me hagas reír!

—Pues, hazlo tú.

—Pero cuarenta monedas de oro son mucho dinero, Farés. Las ganaréis en unos minutos.

—Sesenta o nada, Lobán, sesenta o nada, ¿entiendes?

—Sean sesenta — contestó rechinando los dientes de impotencia al saberse a merced del ladrón — pero con una condición, veinte ahora y el resto cuando hayáis concluido satisfactoriamente el trabajo.

—¿No te fías de nosotros?

—¿Y vosotros de mí?—Tienes razón, los asesines debemos fiarnos el uno del otro — contestó Farés con cierta burla que a Lobán le hirió tanto como si le hubieran abofeteado el rostro —; danos las primeras veinte y aguarda tranquilo, vendremos por el resto.

—Tan pronto como acabéis con él las tendréis preparadas.

—Mejor para ti, porque si bien en nuestra profesión somos sordos y mudos, no perdonamos el engaño. Los ladrones y, bueno, asesinos, también tenemos nuestro honor, aunque pueda parecerte extraño.

Y sin más conversación, establecido el luctuoso contrato, se separaron en direcciones opuestas; Lobán hacia el centro de Jericó y los tres asesinos a sueldo hacia uno de los suburbios más fétidos de la ciudad. En pocas palabras se había fraguado un complot a resultas del cual Uli debería morir. En el planeta Tierra, y desde la aparición del hombre, muchos de sus habitantes habían obrado de modo

similar, si alguien se interponía, aun sin advertirlo, en su camino; era eliminado y… asunto concluido.

Sentados alrededor de una mesa con una gran jarra en el centro llena de vino tan negro como sus conciencias los tres hombres bebían el alcohólico líquido con manifiesto placer. En sus bolsas había dinero suficiente para comprar todo el vino de la hedionda taberna. Uno de ellos, después de beberse un cubilete colmado hasta los bordes, se enjugó los labios con el dorso de la mano y preguntó:

—¿Cuándo y dónde lo haremos, Farés?

—A poder ser, mañana, y el lugar más apropiado me parece el norte de la ciudad, junto a las montañas. Tal sitio no está transitado y posiblemente tarden mucho en encontrar el cadáver, si antes no es devorado por las alimañas o los cuervos.

—Pero, Farés, en estos días la luna está en su lleno — arguyó el tercero.

—Mejor. Así podremos perseguirlo mejor, si por casualidad se da cuenta de la celada.

—¿Y cómo lo atraeremos hasta allí?—quiso saber el primero de los hombres que interrogó a su jefe.

—Ya cuidaré de este detalle, no os preocupéis. Brindemos por el éxito y por las cuarenta monedas de oro que nos aguardan.

* * *

Hacia el atardecer del día siguiente, unos fuertes aldabonazos dados en la recia puerta de la mansión resonaron en el interior de la casa de Josué. Una sirvienta abrió y frente a ella se encontró con un zagal que con gran desenvoltura le dijo:

—Traigo una misiva para un hombre llamado Uli.

—Dámela a mí y yo se la entregaré y, tú, lárgate, mocoso.

—He convenido en dársela personalmente — contestó guiñando un ojo a la sirvienta.

—Pasa. Pero ándate con cuidado en tocar nada porque te estaré vigilando.

—No temas, vieja. He de cobrar por este servicio.

La sirvienta, que pareció no haber oído el epíteto, con el cual la llamó el muchacho, lo acompañó hasta una vasta sala donde Josué, con manifiesta reverencia, explicaba a Uli, al igual como venía haciendo en los crepúsculos de los días anteriores mientras

aguardaban la hora de la cena, los hechos acaecidos a su pueblo desde la creación del mundo y de la primera pareja, hombre y mujer, puestos por Yahveh en el paraíso terrenal.

Al entrar el muchacho en la sala ambos hombres lo miraron con muda interrogación, y el mensajero, con igual descaro, dirigiéndose a Uli, más que preguntarle afirmó:

—¿Eres tú Uli, el extranjero?

—Efectivamente, yo soy Uli. ¿Qué quieres de mí?

—Cuando regresaba con mi rebaño... Bueno, con el rebaño de mi padre a Jericó, un hombre se ha acercado a mí y me ha dicho que te buscara en casa de Josué para darte el siguiente mensaje: Dile a Uli que unos hombres de su pueblo lo aguardan esta noche junto a las montañas; queremos hablar con él.

Uli pensó instintivamente en sus compañeros de viaje. ¿Qué habrá podido ocurrirles para regresar tan pronto en su busca? Desde que la astronave aterrizó en el tercer planeta no era posible, con tal escaso tiempo, ir y regresar de Cirok, forzosamente debían de haber regresado a mitad del viaje.

Fue interrumpido en su inconsciente meditación por el pastorcillo que añadió:

—Han dicho que tú me recompensarías por el encargo.

Josué sacó dos monedas de una bolsa de cuero de encima de la mesa y las tendió al muchacho, quien, con muestras de satisfacción por la alta recompensa, marchó haciendo profundas reverencias.

—Aún faltan unas horas para la noche, Uli; vayamos primero a cenar.

Durante el sencillo ágape, Uli estuvo taciturno y con la mente ocupada pensando en el mensaje poco antes recibido, hasta llegar a la sospecha de que la misiva era falsa: en primer lugar ni Joval ni el resto de la tripulación podían haber dado el mensaje por cuanto, lógicamente, no sabían la casa donde él pernoctaba, además de que habrían establecido contacto directamente por medio de la radio y en ningún momento su pequeño receptor le indicó señal de comunicación. En segundo lugar, Joval no hablaba el idioma de los terrestres para dar la misiva al niño, quien habría huido despavorido ante el pequeño ser vestido con traje espacial y que hubiera tomado por un demonio o un monstruo. ¿Habría mandado el Regidor a otros investigadores de entre los quinientos diez y ocho hombres de

proporciones semejantes a las suyas con la orden de reunirse con él? Tampoco parecía probable puesto que, si hablaban como los terrestres debían de haber permanecido por aquellos contornos de la Tierra, al menos tanto tiempo como él, cosa improbable pues se le había indicado que sería el primer hombre de Cirok en aterrizar y vivir en el tercer planeta. ¿Qué misterio encerraba la entrevista a la cual fue llamado?

Tres horas después, y aún con la mente confusa, Uli se dirigió al punto de la cita. E1 lugar era desértico, con suelo duro y pedregoso de tal manera que de no estar tenuemente iluminado por los rayos del sol reflejados por el satélite de la Tierra hubiera tropezado en más de una ocasión. Por aquellos alrededores, pensó mientras andaba precavidamente, fue donde aterrizó Avolf. A lo lejos divisó a tres hombres que, asimismo, también debieron avisarle a él porque le hicieron señas con los brazos para que se acercara. Cuando le separaba del grupo una distancia de unos treinta pasos, Uli se detuvo y les habló con el idioma cirokeniano:

—Soy Uli en cumplimiento de una misión especial del Regidor del Departamento de Navegación. ¿Quiénes sois vosotros?

Por toda respuesta uno de los desaliñados sujetos se dirigió a sus dos compañeros y en idioma terrestre dijo:

—¿Veis como el ratón ha venido en busca del queso?

Las palabras llegaron claras a los oídos de Uli, quien seguro ya de haber caído en una inexplicable añagaza y movido por el instinto de conservación, dio rápido la vuelta y echó a correr con todas sus fuerzas en dirección a Jericó. La imprevista huida desconcertó momentáneamente a los tres hombres que lo aguardaban y le sirvió para conseguir unos pocos metros más de ventaja. Pero Farés y sus compinches reaccionaron de inmediato e iniciaron la persecución.

Uli oía claramente, en el silencio de la noche, apresurados pasos a su espalda. Sin dejar de correr giró la cabeza y sintió un escalofrío al observar que sus perseguidores acortaban distancias y esgrimían puntiagudos cuchillos en los cuales centelleaba de vez en cuando el reflejo de la luz de la Luna.

Al igual que en otra ocasión, se sintió desconcertado sin saber cuál decisión tomar. Se dio perfecta cuenta de que sucumbiría sin posibilidad, siquiera, de defenderse cuando en su cerebro repercutieron como si las escuchara de viva voz las palabras de

Joval: "Pero puedes hallarte en algún peligro; entonces, úsalo, te lo ordeno. No confundas nunca nuestros deseos de ayudar a aquellas pobres gentes al de tu sacrificio."

Los perseguidores, más ágiles, debían ya de estar a punto de darle alcance porque escuchaba claramente cercanas a él sus respiraciones fatigosas. Sin dejar de correr introdujo la mano por la abertura de la túnica y asió el proyector de rayos Sommer. Apretó con el pulgar un botón del cinturón y cesó la fuerza electromagnética que lo asía al mismo. Sacó el proyector, colocó a ciegas la posición número siete y dio la vuelta encarándose con sus perseguidores. El primero de ellos no estaba más lejos de unos ocho pasos cuando presionó el disparador. El proyector emitió un recto y blanquecino, ahora, rayo de luz y topó en el pecho del hombre más cercano, al brevísimo contacto, el hombre inició un horripilante grito de dolor y cayó exánime al suelo sin acabar de emitirlo. Uli dirigió el rayo hacia el segundo, le acertó en pleno rostro y sin ninguna exclamación de dolor al interceptar la mortífera descarga cayó acto seguido fulminado. El último de los hombres de la pequeña pandilla horrorizado por cuanto acababa de presenciar y el hedor de la carne quemada en las fosas nasales, optó por huir para librarse de los relámpagos que brotaban de las manos del poderoso brujo. Fue demasiado tarde, el rayo lo persiguió implacable y le dio en la cintura, doblóse grotescamente y también cayó derribado. Al interceptar los rayos Sommer, ineficaces si no se entraba en contacto con ellos, habían recibido una descarga calorífica equivalente a mil seiscientos grades centígrados.

Uli se acercó a los cadáveres.

—Gracias, Joval — murmuró.

Acto seguido, sin poder dominar por más tiempo las náuseas; y, tras apoyarse en una roca, vomitó durante largo rato. Los latidos del corazón se le aceleraron y notó que la disnea producida por la carrera en vez de reducirse aumentaba, al propio tiempo que un copioso y frío sudor le inundaba la frente. Recurrió a la enzitania y, después de masticar la droga, pese a la revulsión del estómago, con esfuerzo a causa de la continua nauseosis logró tragarla. Se apartó lentamente del lugar mal oliente donde había vomitado y se tendió en el suelo sobre una inclinada peña. ¿Qué causa había podido producirle aquel persistente vómito?, se preguntaba confuso, pues

en Cirok había cadáveres completamente carbonizados a consecuencia de un imprevisto accidente de trabajo en alguna factoría. ¿Me estaré adaptando, incluso, a las reacciones de los hombres de la Tierra? No es posible, concluyó en su meditación, no ha sido la vista de estos muertos la causa, sino un trastorno fisiológico provocado por la falta de afluencia de sangre al estómago debido a una alteración del sistema neurovegetativo. A medida que los minutos transcurrían la enzitania producía sus benéficos efectos y poco a poco se recobró. Totalmente normalizado, al mirar hacia los horripilantes cadáveres monologó:

—No puedo dejarlos aquí. Su aspecto macabro asombraría a cuantos los viesen y en Jericó todos sospecharían de que tal desconocida mutilación únicamente puede realizarla un solo hombre, yo, Uli el brujo. ¿Puedo considerarme un asesino por sus muertes? Con toda certeza no, jamás los había visto, por tanto no podían tener ningún resentimiento hacia mí y no obstante, me tendieron una emboscada para matarme. Pero ¿por qué? ¡Oh, Cirok, cuánto añoro regresar! Allí no ocurren estas monstruosidades.

Se acercó a los cuerpos mutilados y los miró con gran compasión.

—Habéis sido vosotros quienes indirectamente os habéis dado muerte y en verdad siento tomar esta decisión.

Se apartó unos cuarenta pasos y proyectó el mortífero rayo Sommer sobre los cuerpos aguantando la respiración cuanto le fue posible para no percibir el nauseabundo olor de la carne incinerada. Cuando se alejó, sólo quedaban tres redondeles de piedras calcinadas en el punto donde habían estado los cadáveres de los tres terrestres que fracasaron en el intento de asesinarle.

* * *

Durante gran parte de la noche, Uli deambuló por aquellos alrededores intentando acallar a su conciencia, que le reprochaba incesantemente las tres muertes que había ocasionado, al sobrevenirle la duda de si aquellos desgraciados le habían confundido con otra persona.

Al recordar los hechos, sacó el pequeño grabador, donde dictaba los apuntes de sus observaciones, para después hacer la narración completa y entregarla al Regidor para el correspondiente estudio; con el micrófono de su minúscula emisora dictó con todo detalle

cuanto había acontecido. Al rememorar lo ocurrido sintió un ligero alivio en su espíritu, meditó profundamente el pro y el contra y llegó de nuevo a la conclusión de que no había habido equívoco: había sido la víctima escogida. Pero ¿por qué?, se preguntaba una y otra vez, ¿por qué?

Cuando regresó a Jericó había amanecido. Entró en la casa de Josué, y Roboam salió a su encuentro con manifiesta alegría a la vez que gritaba:

—Zaida, Uli ha regresado, no se ha marchado como temíamos.

La joven salió de la cocina limpiándose la harina adherida a las manos con el delantal. La brillante mirada de sus ojos azules, el rubor de las mejillas y la amplia sonrisa con que lo recibió no pasaron desapercibidos a Uli. ¿Le gustaría él también a la muchacha? Sería maravilloso. De ser así y habitar en Cirok, ella se lo habría dicho con toda franqueza, pues en su mundo no había la costumbre de la Tierra de que fuera siempre el hombre quien hiciera la declaración de sus sentimientos. Ellas tenían el mismo derecho sin menoscabo de su femineidad.

—Nos has tenido preocupados, Uli — dijo Zaida con trémula voz.

—Quisiera conversar un poco contigo, Zaida.

—Después podréis hacerlo, Uli. Ahora vayamos al bosque. Me han dicho que en el riachuelo hay peces; cogeré la red e iremos a pescar, ¿quieres?

—Hoy estoy muy fatigado, Roboam, ¿te importaría ir solo o dejarlo para mañana?

—Como quieras, Uli, iré solo — respondió dócilmente el niño mientras subía a una habitación en busca de un artefacto provisto de un aro, del que pendía una manga de red atada a un largo palo.

Al quedar solos, Uli y Zaida se miraron silenciosamente y hasta después de haber partido Roboam con el salabre al hombro no rompieron el mutismo.

—¿Deseabas hablarme, Uli?

—Sí, quiero que tú seas la primera en saberlo. Después se lo haré saber a tus padres. Ya he permanecido demasiado tiempo en Jericó y tengo que proseguir mi viaje.

—¿No te encuentras a gusto entre nosotros? —preguntó ella con las mejillas, antes sonrosadas, completamente pálidas.

—Sí, os habéis portado muy bien conmigo, pero tengo poderosas

razones para tener que obrar así.

—¿Te hallas en alguna dificultad?—preguntó angustiada—. Si es así, confía en mi padre, es muy poderoso.

Dos eran las razones fundamentales que aconsejaban la partida de Uli. Una era ella, y la otra, la más acuciante, la misión encomendada por el Regidor. ¿Comprenderían aquellas buenas gentes terrestres de complicada mente, al menos una de las razones que podía argüir? Él era sencillo, sin confusionismos en el cerebro y por tal razón le contestó con naturalidad:

—Una de las causas eres tú, Zaida...

—¿Yo? — interrumpió ella con visible agitación—. ¿Qué mal puedo haberte causado, Uli?

—Ninguno, muchacha. Pero date cuenta, tú eres una mujer muy hermosa y yo un hombre que no está ciego, ¿comprendes?

Como ella denegara con la cabeza, Uli prosiguió:

—A ti te gusta Lobán, yo también tengo mujer elegida en mi pueblo y la estoy olvidando porque empiezas a gustarme tú. Presiento que, si no me alejo de ti, acabaré por olvidar a Dana y no sería justo..., ni mi comportamiento noble.

—Si no es tu mujer, no cometes ningún acto deshonroso enamorándote de otra — contestó Zaida enardecida.

—Siempre que la otra mujer esté libre y tú no lo estás.

—Pero yo no amo a Lobán, lo aprecio como un buen y leal amigo, pero no hasta el extremo de llegar a desear ser su esposa.

—¿Acaso no es tu prometido?

—Sí lo es, pero fueron nuestros padres quienes concertaron la boda.

—Pero, si tú no lo amas... —murmuró Uli cada vez más desconcertado—, nadie puede interferir, ni siquiera los padres.

—Puede que en tu pueblo sea así, pero aquí no. Debemos obediencia ciega al cabeza de familia.

—Siempre que no vaya en contra de los sentimientos personales, si son... —calló unos instantes buscando la palabra adecuada — decentes.

La conversación de ambos jóvenes quedó interrumpida por la presencia de Sara, quien, saliendo de la cocina, dijo cariñosamente a Uli:

—Dejad de hablar y ven a comer, Uli. Hemos preparado unos

pastelitos de manzana. Josué no me perdonaría que te hiciéramos pasar hambre — añadió con amplia sonrisa.

CAPÍTULO V

La comida del mediodía resultó monótona y careciente de todo signo de la alegría habitual. Josué, con la experiencia que los años confieren, se percató de que algo anormal ocurría y guardó silencio en espera de los acontecimientos que sin lugar a dudas se producirían. Roboam estaba callado, contra su costumbre, contagiado tal vez por el mutismo de las personas mayores o por la desilusión de su pesca nula. Zaida estaba mohína y Uli taciturno. Después de consumir los realmente deliciosos pastelitos de manzana confeccionados por Sara, antes de levantarse, Uli rompió el embarazoso silencio:

—Josué, mi buen amigo, siento profundamente lo que voy a deciros, pero he permanecido mucho tiempo en Jericó y he de continuar mi camino. Como posiblemente no volveremos a vernos, quiero hacer patente mi agradecimiento hacia todos vosotros por el trato recibido y deciros que en mi corazón siempre guardaré un imborrable recuerdo vuestro.

—No te vayas, Uli — fue Zaida la primera en reaccionar, al creer adivinar la causa, con tono de amarga súplica.

—No puedes irte, Uli, eres mío, yo te encontré — intervino Roboam trémulos los labios, muestra inequívoca de un próximo llanto.

—No sé de donde vienes ni a dónde vas, Uli. Jamás te lo he preguntado porque no me importa. A mis hijos les duele tu determinación, a mí también. Siento tu partida, pero no quiero interponerme en tu camino, uniendo mis ruegos a los de Zaida y Roboam. Obra según te dicte tu corazón.

Uli miró a Zaida y observó cómo la muchacha respiraba agitada a tenor del movimiento ascendente y descendente de su pecho. Roboam lo miraba fijamente, mientras lloraba con profunda tristeza, y Josué y Sara permanecían con insólita seriedad. Indudablemente aquella familia de terrestres sentía de verdad su determinación aunque por causas diferentes. En Zaida, ¿sería tal vez amor? En Roboam un verdadero cariño fraternal, como se siente siempre hacia el complaciente hermano mayor. En Sara y Josué una sincera amistad engendrada por el agradecimiento. Uli, de gran sensibilidad,

estaba emocionado.

—Mi corazón me dicta permanecer entre vosotros, pero un día más o menos lejano tendré que ausentarme definitivamente para regresar a mi pueblo y ya jamás volveremos a vernos. Ésta es la realidad, Josué, y entonces la separación nos será, al menos a mí, mucho más dolorosa.

—Sólo Yahveh sabe el futuro de cada persona, Uli, si no tienes otra razón, te lo ruego, permanece entre nosotros; el día de mañana no lo ha visto nadie todavía.

El hombre de Cirok inclinó la cabeza, apoyada la barbilla en el pecho, sin fuerza moral para proseguir con su idea. Josué aprovechó el momento de aparente debilidad de Uli para añadir:

—El invierno está muy próximo, muchacho, y puedo asegurarte que no es el tiempo más adecuado para viajar. Además, a ti te hace falta un poco de distracción, ¿por qué no te vienes a ayudarme en el laboreo de las tierras? Prueba unos días y, si después persistes en marchar... cúmplase tu deseo.

—Gracias a todos, me quedaré, Josué.

Uli cada día descubría nuevas facetas en el intrincado modo de ser y pensar de los terrestres. En Cirok, motivado seguramente por sus muchos siglos de avanzada civilización, no dejaban entrever tan claramente las emociones, pues al mirar a Zaida observó la transformación efectuada en ella en el transcurso de pocos minutos: poco antes tenía la mirada apenada y ahora, en cambio, los ojos parecían irradiarle luz cual diminutas estrellas.

Los meses de otoño tocaban a su fin. Uli, manejando un pesado arado arrastrado por una yunta de dos bueyes, sonreía plácidamente en las últimas horas vespertinas. De regreso al establo miró al sonrojado Cirok en el firmamento y no pudo evitar la comparación de cómo se realizaba el trabajo en los dos planetas. La gran extensión de tierra de Josué, arada por doce yuntas, a fin de que las lluvias y la nieve del invierno penetrara más profundamente en su seno y estuviera más fertilizada para la próxima siembra, con su tractor habría hecho la misma labor con sólo la mitad del tiempo empleado y sin ninguna fatiga corporal.

Con un aire fresco, preludio del invierno, azotándoles la cara, los dos hombres, uno joven y otro de mediana edad, regresaban con paso cansío a Jericó. De pronto, el más joven observó un extraño

espectáculo: un hombre, amparándose en la obscuridad, caminaba apresuradamente en dirección opuesta a la de ellos, mientras las gentes huían atemorizadas a su paso. Súbitamente aparecieron detrás del sujeto otros hombres y lo apedrearon de lejos.

— Es un leproso, Uli. Marchémonos pronto de sus cercanías.

Al pasar a su misma altura, Uli miró al hombre y, pese a la escasa iluminación producida por teas encendidas en los portales de algunas casas, le vio en el rostro, semioculto por un trozo de manchada tela, unas anómalas manchas cutáneas y grandes ulceraciones.

—Es un enfermo, Josué, debemos prestarle ayuda.

Josué intentó agarrar por el brazo a Uli, cuando hizo ademán de acercarse al enfermo; pero, al no conseguirlo, detenido por el temor del contagio de mal tan repugnante, se limitó a gritarle horrorizado:

—¡No te acerques a él, Uli, es un leproso!

Entre tanto, los perseguidores de aquel desgraciado se acercaron más y lo apedrearon con mayores fuerzas, forzándole a huir todo lo rápido que sus endebles piernas le permitían.

—¡Alto! — les gritó Uli —. No veis que este hombre...

Fue todo cuanto pudo pronunciar. Primero sintió en la frente, por encima de la ceja derecha, un fuerte golpe; después la visión se le nubló y todo obscureció instantáneamente; por último, tuvo la impresión de caer a un pozo sin fin.

Al recobrar el conocimiento abrió los ojos y en sus cercanías todo estaba borroso. A medida que veía con más claridad, los detalles de su alrededor le resultaron familiares..., estaba tendido en su cama, en la cama que Josué le brindara tan generosamente desde meses atrás. Con la mente más despejada, se percató de que el ojo derecho no estaba abierto en su totalidad y a la par sintió un fuerte dolor en la frente. Se tocó la parte dañada y la encontró vendada, se palpó el ojo y sus sensibles dedos de médico le indicaron una hinchazón en el párpado superior. Al intentar incorporarse, desde el ángulo derecho de la habitación y cerca de él, sonó tenuemente la voz de Josué:

—No te muevas, Uli, aquellos brutos te acertaron con una fuerte pedrada. Sara y Zaida te han curado la herida, ahora descansa, te hará bien.

Uli cerró los ojos y se encontró más aliviado al no forzar las membranas superiores de los párpados, mientras intentaba analizar

el proceder de los terrestres con respecto a los leprosos. A los afectados por aquel mal, al parecer, no sólo se les abandonaba a su suerte, sino que además se les expulsaba de la comunidad, apedreándolos salvajemente hasta el extremo, a más de llegar a matarlos. ¿Estarían los terrestres desprovistos de todo sentimiento de misericordia para con los desvalidos?

El contacto de un trapo mojado en las sienes despertó a Uli del sueño en que estaba sumido. El olor del líquido con el cual le humedecían alternativamente ambos lados de la cara reveló de que se trataba de una fermentación ácida de vino a la cual denominaban vinagre. El frescor le producía una agradable sensación de bienestar y permaneció inmóvil con los ojos cerrados. Súbitamente sintió como se estremecía todo su cuerpo, unos labios se habían posado sobre los suyos y los habían besado suavemente. Unos largos cabellos habían caído, sobre su rostro y percibió el fresco aroma de…

—¡Zaida! —pronunció con voz ronca.

Ella no respondió a la llamada, avergonzada, por el acto cometido impulsada por una fuerza superior a su voluntad, salió corriendo de la habitación.

—Zaida, no te vayas — llamó Uli cuando ella ya había cerrado la puerta a sus espaldas en su precipitada huida.

CAPÍTULO VI

El frío invernal se presentó con brusquedad, casi sin transición entre las dos estaciones del año. Josué, bien arropado, inició varios viajes a las próximas ciudades de Betania, Dok y Naarat, usando un traqueteante carro tirado por un par de bueyes. Uli aprovechó todas las ocasiones para acompañarlo, a fin de estudiar calladamente el comportamiento de los habitantes de los pueblos que visitaban. Mientras los cansinos bueyes arrastraban el vehículo, Uli calculó que la distancia recorrida en tres horas, en cualquier turbomóvil de Cirok, no hubieran tardado más de dos minutos. Durante el tiempo que pernoctó en las desconocidas aldeas llegó al conocimiento de que sus habitantes obraban exactamente como los de Jericó, la misma civilización, las mismas reacciones, la misma mente, la misma clase de vida.

El invierno, con copiosas lluvias y abundantes nieves, transcurrió lento con una duración de más de cuatro meses. Mientras perduró la inclemencia del tiempo Josué y la familia permanecían casi siempre sentados cerca del hogar gozando del calor desprendido de los encendidos troncos de pino aserrados en el otoño en prevención a la inclemente estación. Josué continuaba explicando a Uli los pormenores de la historia de su pueblo, ignorante de que para el hombre de Cirok constituían una amplia información de usos y costumbres de los terrestres de los cuales rendiría, a su regreso, cuenta al Regidor.

Por fin, al llegar el mes de abril, apacible, de temperatura agradable, los árboles se poblaron de hojas y todo el campo se revistió de exuberante verdor. Qué maravillosa era la naturaleza, los campos antes cubiertos de un blanco y frío manto aparecían, ahora, como ornamentados con hermosas vestiduras verdes, influyendo en el carácter de las personas que se mostraban alegres como contagiadas de la alegórica del campo. Para el pueblo de Jericó representó también, durante el transcurso de los meses sucesivos, una nueva época de considerable trabajo.

Según la cuenta de Uli, llevaba más de un año conviviendo con los habitantes de la Tierra, y el día del regreso a su país estaba cercano. El pensar en ello le producía encontradas emociones, por

una parte, el retorno a la civilización de su mundo, junto a su madre y amigos, le proporcionaba una grata sensación de alegría, y por otra, la cercana partida le causaba cierto desasosiego y melancolía. Jamás volvería a ver a Zaida de la cual se sabía enamorado.

—Posiblemente — decíase a sí mismo — la atracción que siento hacia ella sea debida a que a su lado me olvido de mi anormalidad y me siento otro hombre. Ojalá cuando Dana se convierta en mi mujer llegue a recordar el amor de Zaida como si todo hubiera sido solamente un sueño.

Continuaba, embebido en sus pensamientos, segando las doradas espigas de trigo con una anticuada hoz, cuando, sin haberla percibido, Zaida llegó a su lado y lo llamó presa de agitación:

—¡ Uli! ¡ Uli! Vayamos corriendo, hemos de hablar a mi padre sin pérdida de tiempo.

—Sosiégate, Zaida, calma tus nervios y explícame que te ocurre.

Zaida se acercó a Uli, lo abrazó y, prorrumpiendo en angustiosos sollozos, murmuró:

—Has de esconderte, Uli, quieren matarte. Voy en busca de mi padre, él hará que nuestros trabajadores te guarden.

—Por favor, Zaida contente — le dijo sonriente—, primero explícame cuanto ocurre y ya verás como el problema no es tan grave.

Más que las palabras, fue la postura reposada de Uli lo que tranquilizó aparentemente a Zaida.

—Cuando venía hacia nuestras tierras — explicó entrecortadamente —, para acortar camino atravesé las de Lobán. En principio observé algo extraño en ellas pero no presté demasiada atención, mas, a medida que caminaba me sorprendió no ver a ningún segador trabajando. ¿Qué podía haberle ocurrido a Lobán?, me pregunté intrigada, y con deseos de socorrerle, caso de haberle ocurrido cualquier percance, me acerqué al granero principal. Atisbé por la entreabierta puerta y lo vi de pie rodeado de sus trabajadores que, sentados en el suelo, formaban un círculo a su alrededor. Al oír pronunciar tu nombre me quedé agachada detrás del portalón para escuchar de que hablaban. En aquellos momentos, Lobán, enardecido, decía a sus hombres: "Os aseguro que el tal Uli es un mago, un brujo, que se ha servido de algún sortilegio para hechizar a la familia del bien querido patriarca Josué. Antes de tomar la

decisión de que os he hablado, he consultado con muchos hombres buenos de Jericó y todos hemos llegado a la misma conclusión, el brujo extranjero ha de morir. Quien consiga matarlo, no sólo tendrá el honor de haber librado a nuestro pueblo de tan pernicioso elemento sino que recibirá de mi pecunio particular cien monedas de oro." Al indicar el precio puesto a tu cabeza, los murmullos de las conversaciones de los trabajadores se elevaron tanto de tono, que no esperé más y vine corriendo para preveniros a ti y a mi padre. Debes ocultarte, Uli pues aquélla horda ansiosa de ganar semejante fortuna te matará al igual que se mata a una alimaña, despiadadamente. Entretanto, contaré a mi padre lo ocurrido y ya no estarás solo, nuestros trabajadores presentarán batalla a los de Lobán.

El hombre de Cirok escuchó atentamente, meditó unos instantes y luego contestó:

—Espera, Zaida, no hagas tal. Por mi causa no puedo permitir que se desencadene una lucha en la que morirán algunos hombres inocentes. Además, yo tengo poder no sólo para exterminar a todos los hombres de Lobán sino también para convertir a Jericó, en pocos minutos, en una inmensa hoguera y destruirlo de tal modo que ni siquiera quede piedra sobre piedra...

—¡Entonces, es verdad, eres un brujo!

—No, Zaida, en apariencia soy un hombre como cualquiera de vosotros, pero la realidad es muy diferente. Vas a conocer el secreto de mi origen, el cual, por tu bien te suplico, no reveles jamás a nadie, pues te tomarían por loca. Yo soy un extraterrestre, quizás el primero que ha pisado vuestro planeta.

—¿Un qué? —, interrogó ella interesada, olvidándose de los motivos que la impulsaron a correr junto a Uli.

—Uli, te lo ruego, no te burles de mí, tú no puedes volar como si fueras un pájaro.

—No, Zaida, pero en mi mundo tenemos máquinas voladoras capaces de ir más rápidas, más altas y más lejos que cualquier ave. Cuando me halló Roboam, yo acababa de llegar a vuestro mundo. Un día, ya no muy lejano, regresará una de esas máquinas voladoras y me trasladará de nuevo a mi pueblo, para nosotros será una separación definitiva.

—Llévame contigo, Uli. Sin ti mi vida ya no tendrá ningún objeto, te amo demasiado.

—Jamás podrás comprender cuanto me gustaría, pero me prohibirán hacerlo. Nunca podré llevarte a mi país porque…

Uli fue interrumpido por la pregunta que formuló Zaida a un hombre que se acercó a ellos con gran cautela, caminando lenta y cuidadosamente para no denunciar su presencia con el ruido de sus pasos y semiagachado entre las altas espigas de trigo con la intención de ocultar su cuerpo cuanto le fuera posible.

—¿Qué deseas, Asá?

El interpelado, al saberse descubierto, se incorporó rápidamente y se arrojó, puñal en mano, sobre el cuerpo de Uli. El movimiento irreflexivo del hombre de Cirok al volverse, le salvó la vida. La cuchillada a él destinada se perdió en el vacío.

La reacción de Uli fue instantánea. Golpeó con el puño izquierdo el estómago de Asá, que se dobló a consecuencia del durísimo castigo, e inmediatamente estrelló con suma potencia los nudillos de su mano derecha en el mentón de su atacante enderezándole de nuevo a la par que lo hacía retroceder unos pasos a causa del rudo golpe. Uli, de un salto felino, volvió a colocarse junto a él y sin darle tregua lo golpeó furiosa e implacablemente. Era una lucha para la supervivencia. Tres, cuatro tremebundos puñetazos más y Asá cayó inconsciente al suelo.

—¡Asá! Pero ¿cómo es posible que haya atentado contra ti si es un trabajador de mi padre? — comentó ella aturdida.

—Sencillamente, estaba enterado de la recompensa que el enloquecido Lobán ofrece por mi muerte. Dinero, cuán perverso este invento de los humanos, los convierte en traidores y asesinos; ¿Y sabes por qué? Por el poderío que les da su posesión. Los terrestres sois ambiciosos, tenéis ansia de poder y esta malsana deformación de vuestras mentes os lleva, inclusive, a la guerra, a mataros incomprensiblemente entre vosotros mismos con el único fin del dominio de uno sobre los demás. Mientras no obréis de otra manera, te lo aseguro, jamás podréis progresar ni tener paz, porque el progreso y la paz son fruto del amor entre los hombres. ¡Y sois, o al menos os enorgullecéis de ser, el pueblo escogido de Dios! ¡Pobres ilusos! Mira mi frente, Zaida, mira esta tortuosa cicatriz y lo hendido del hueso, me apedrearon al sentir misericordia hacia un enfermo, hacia un hermano de los mismos que me hirieron…

—Todos no somos iguales, Uli, créeme, entre nosotros también

hay hombres buenos y generosos; a mi padre, tu amigo Josué, ¿lo consideras de igual manera?

—No, chiquilla, Josué es un hombre noble..., y vosotros también.

Permanecieron un rato en silencio mirando el campo, al parecer, olvidados de la presencia del desvanecido Asá. Aparentemente había vuelto la normalidad, pues los segadores de Josué continuaban con el arduo trabajo, e insólitamente, lo mismo ocurría en las tierras colindantes de Lobán. Motivo de ello fue por lo que Uli preguntó:

—¿No habrás entendido mal, Zaida?

La contestación de ella fue un grito de aviso y horror.

—¡Cuidado!

Asá, entretanto, se había recobrado, y aún sin estar en pleno uso de sus facultades, repitió el primer frustrado intento. Corrió, torpemente, hacia Uli y como si empuñara una espada intentó clavarle el cuchillo en la espalda.

Al grito de aviso de Zaida, Uli hizo un quiebro con la cintura y el puñal destinado a clavarse en su cuerpo le produjo tan sólo un profundo corte en el hombro izquierdo. Asá impulsado por la carrera, continuó avanzando y, al pasar junto a Uli éste le golpeó la nuca con toda la fuerza de que fue capaz con el borde de la mano derecha. Los antes flácidos brazos y finas manos del hombre de Cirok, motivado por el trabajo de la tierra, ahora eran musculosos y fuertes así como sus encallecidas manos.

Por la fulminante caída de Asá y el crujido que se escuchó, Uli tuvo una convicción: le había fracturado las vértebras cervicales. Se le acercó y le dio la vuelta, los ojos vidriosos del caído jamás percibirían ya la luz. Estaba muerto.

Ante el macabro espectáculo del cadáver de Asá, el rostro de Zaida mostró el terror de que estaba poseída. Con las pupilas dilatadas y los labios lívidos, púsose la mano en la boca para reprimir el grito de horror que pugnaba por salir de su garganta.

—No era mi intención matarlo — dijo Uli, excusándose apesadumbrado—, he tenido que defenderme y únicamente deseaba dejarlo de nuevo sin sentido.

Zaida volvió el rostro hacia Uli y al ver las gotas de sangre que se le deslizaban por la mano hasta caer al suelo y la mancha roja que, aumentando progresivamente de tamaño, se le extendía por la túnica, recobró el perdido valor.

—Regresemos a mi casa. Estás perdiendo mucha sangre y madre te curará.

—No, Zaida, no volveré a Jericó. Desde hace algún tiempo, hay siempre la muerte asediando a mi alrededor y por tanto marcharé tan lejos como me sea posible en espera de que mis hermanos de raza vengan por mí. No quiero tener más muertes en mi conciencia.

—Deja que, antes, te curemos, no estás en condiciones de andar. ¿No ves como te desangras?

—Te he revelado el secreto de mi procedencia y del modo, incomprensible para ti, como llegué, así pues, ya no me importa de que veas uno de los métodos de curación empleados por los médicos de mi mundo para contener pequeñas hemorragias como la mía. ¿Puedes ayudarme?

Al afirmar ella con una inclinación de cabeza, Uli recogió el abandonado puñal de Asá y lo entregó a la joven.

—Corta la ropa y deja al descubierto la herida —le ordenó con el mismo tono profesional que emplearía con Dana en el pequeño hospital de R. 4 número 183.

Con manos temblorosas, ella cortó, con el afilado cuchillo de Asá, la túnica por el hombro hasta dejar el gran tajo al descubierto. Uli, entretanto, había desconectado el circuito del electroimán y sacado el proyector de rayos Sommer. Con patente dificultad al emplear una sola mano, quitó el seguro y colocó el aparato en la posición primera. Mientras Zaida lo miraba estupefacta, Uli apretó la palanca del disparador y del proyector emergió un delgado rayo azulado que enfocó sobre la sangrante herida. Los bordes rojos, al recibir la descarga, pronto adquirieron un color obscuro a la par que la sangre, como por arte de magia, dejaba de brotar.

—¿Puedes hacer tú lo mismo en la parte de atrás? —preguntó a la joven atónita de asombro—. Es fácil, únicamente has de agarrar el aparato, apretar la palanquita y enfocar la pequeña luz que emite sobre la herida tal como me has visto hacer a mí.

Zaida, obrando como si estuviera en estado hipnótico, asió el proyector y con mano temblorosa hizo cuanto Uli le había indicado. A los pocos minutos la herida estaba cauterizada y la leve hemorragia contenida.

—¿Fue con esto con lo que nos curaste el mal de la garganta?

—Sí, pero este ingenio es mucho más poderoso; de la misma

manera que sirve para curar, puede destruir. Ven, alejémonos del sembrado y vayámonos a un sitio más desértico. Voy a mostrarte el por qué no deseo entablar una lucha con los hombres de Lobán, quien, con toda seguridad, obra impulsado por los celos al ver que nos hemos enamorado nosotros dos. En algunas ocasiones me pregunto: ¿no hemos obrado mal, principalmente yo, al interponerme entre vosotros?

—No, Uli, yo no soy su mujer y tu dijiste que nadie puede interferir en mis sentimientos — contestó ella más sosegada.

—Tienes razón, pero yo soy un miserable, amor mío; pronto partiré y no nos veremos más. ¿Qué será, entonces, de ti? Ojalá tú y Lobán podáis olvidar y ser todo lo felices que yo desearía ser contigo.

—Poco sabes del amor de una mujer. Yo jamás te olvidaré y mi vida no será ya otra cosa que un perenne recuerdo tuyo.

De súbito, Uli la abrazó fuertemente y, al igual que ella hiciera un día, la besó en los labios.

—Yo tampoco podré olvidarte. —Y con voz enojada, mirando al cielo, habló con idioma desconocido para ella—. ¿Joval, para vuestro estudio por qué no escogiste a otro de mayor entereza? ¿Acaso, tu ciencia podrá curar el dolor que me producirá el separarme de esa mujer?

Y teniéndola todavía apretada contra su pecho, Uli inclinó la cabeza y volvió a besarla una y otra vez, caricias que ella devolvía con igual pasión.

—Basta, Uli, seamos prudentes. De vernos algún trabajador y contárselo a mi padre reprobaría nuestro proceder.

Uli, familiarizado ya con las costumbres de los terrestres comprendió las razones de Zaida y dejó de abrazarla. Entonces, al ver el proyector en la mano de ella, meditó de nuevo en el modo de evitar el peligro que corría, del cual tenía una prueba irrefutable en el cercano cadáver de Asá.

—Dame el aparato y alejémonos de aquí. Te mostraré cuán terrible es según sea la manera como se use.

La asió de la mano y se pusieron en marcha por un estrecho sendero que, rodeando la ciudad, los conduciría al pie de las desérticas montañas. Después de haber andado más de una hora, siempre en silencio, llegaron al lugar elegido por Uli. Éste fijó la

atención en un peñasco caído, distante a unos trescientos pasos, y se lo mostró a Zaida:

—¿Ves aquella gran roca desprendida de las montañas? Pues fíjate bien, voy a proyectar mi rayo sobre ella.

Por primera vez, Uli colocó en el proyector de Sommers, perfeccionado por el ingeniero Rubo, la posición dieciséis, apuntó hacia el objetivo y apretó el disparador. El aparato le vibró en la palma de la mano y, al despedir la descarga en forma de un radiante rayo blanco, llegó a molestarles la visión hasta el extremo de hacerles parpadear.

Los efectos fueron inmediatos, al igual que si fuera una gran bola de nieve en contacto con un poderoso fuego, la roca se derritió y unos regueros de piedra en ebullición, cual lava desprendida de un volcán empezaron a deslizarse lentamente.

Zaida asustada por cuanto veía, instintivamente buscando la protección del hombre que sabía fuerte, se puso detrás de Uli y se apretó a él. En verdad, los efectos del proyector eran sumamente terribles. Habían bastado unos segundos para fundir parcialmente la dura roca.

—¿Comprendes por qué deseo evitar cualquier encuentro con los hombres de Lobán?

Zaida no contestó. Los conocimientos de su cerebro, atrasado muchos siglos en relación con los adelantos técnicos de Cirok, no podían concebir como un pedazo, para ella, de hierro fuera mucho más destructor que el rayo del cielo en plena tormenta.

—Eres muy bueno, ellos no vacilarían en matarte y tú, en cambio, que puedes pulverizarlos antes de llegar a contar hasta tres, desistes de quitarles la vida. ¿Qué haremos ahora?

—Tú regresarás a casa con tus padres y yo me iré a otro lugar donde nadie me conozca. No te preocupes por mí, he aprendido de tu padre a trabajar la tierra como hacéis los terrestres y lo haré en el pueblo o ciudad a donde vaya, puesto que forzosamente tendré necesidad de ganar el maldito dinero para poder sustentarme hasta mi marcha definitiva.

—No te vayas, Uli déjame explicar a mi padre cuanto ocurre y ya nadie te molestará. Además podremos permanecer juntos todo el tiempo que te falte para regresar a tu mundo, al lucero vespertino —rogó Zaida convencida del origen extraterrestre del hombre a quien

amaba.

—Bien, regresemos a Jericó, pero deja que sea yo quien hable con Josué para decidir lo más conveniente.

Fueron descendiendo lentamente de la montaña por los serpenteantes y estrechos senderos que sólo permitían el paso de una persona. De pronto, Uli que caminaba delante maldiciendo los estúpidos celos de Lobán, oyó un extraño silbido y un grito de dolor de Zaida.

Se volvió con suma rapidez y vio cómo ésta caía al suelo. Cuando con cinco largas zancadas estuvo a su lado, le vio sobresalir de la pierna izquierda, muy cerca de la cadera, el delgado palo de un dardo. Se arrodilló a su lado y en el acto otra flecha siseó tan cerca de él que sintió en el rostro el aire desplazado. Sin meditarlo e impulsado únicamente por el instinto de conservación, se tendió junto a ella, asió el proyector y miró a su alrededor buscando al hombre que no había vacilado en disparar sobre ellos. Por los contornos no se veía a ningún ser humano.

—Zaida, chiquilla, esos malvados te han herido, mi deseo era respetarles, la vida pero ahora actuaré contra ellos según su propia ley, la ley de Talión: vida por vida, golpe por golpe. ¡Quieren lucha y por Yahveh te prometo que la tendrán! No te han respetado a ti y ya no voy a tenerles clemencia — dijo Uli con los ojos inyectados de sangre por la súbita ira.

Las reacciones de la idiosincrasia del hombre de Cirok, en aquellos momentos, habían retrocedido milenios de años para convertirle en un hombre de instintos primitivos con un sólo pensamiento fijo: el de matar, el de la venganza.

Cuando Uli agarró el extremo saliente del dardo, con la intención de arrancar la flecha, la herida producida sangraba poco. Dio un suave tirón a Zaida no pudo reprimir un gemido de dolor, a la par que aumentaba la extensión del redondel tinto de sangre de las vestiduras. Comprendió de inmediato que, sin la ayuda de un objeto cortante, no podría sacar la incrustada punta sin provocarle un desgarro en los tejidos.

—Ahora no puedo curarte, amor mío, te haría sufrir demasiado. Te llevaré a tu casa y te curaré, confía en mí.

—Haz cuanto te parezca conveniente, Uli — respondió ella sumisa.

Uli se incorporó y, sin abandonar el Sommer, pasó el brazo por debajo de las piernas de Zaida, hizo lo propio con el izquierdo por la espalda, y como impulsado por un resorte se puso de pie y corrió en zigzag. A los pocos instantes de correr otras flechas le persiguieron en su huida, sin que afortunadamente dieran en el blanco a que iban dirigidas, hasta llegar a un recodo de la resquebrajada e irregular montaña en que cesó la lluvia de saetas. Con toda certeza su perseguidor los había perdido de vista. Pese al dolor que sentía en el brazo izquierdo y de la humedad del viscoso líquido que le corría por el tórax y brazo, a consecuencia de que la recién cauterizada puñalada del hombro por el esfuerzo se había vuelto a abrir, continuó avanzando hasta quedar exhausto. Muy cerca de donde se había detenido para descansar momentáneamente, vio una grieta poco profunda y trabajosamente bajó a ella para depositar en el suelo a su preciosa carga.

—No te muevas, voy a cortar los pasos a nuestros perseguidores. Tú aguarda tranquila porque no perderé de vista este lugar y antes de que alguien pueda acercarse a ti, mi rayo lo fulminará.

—No te expongas, temo más por ti que por mí.

Después de besarla suavemente en señal de agradecimiento, Uli salió precavidamente de la hendidura y anduvo agazapado procurando que sus sandalias produjeran el menor ruido posible al pisar el duro terreno. Al llegar al recodo donde desapareció de la vista de sus perseguidores se echó de bruces y tras mirar el improvisado refugio de Zaida, observó el camino por donde habían llegado. Vio a dos hombres, con sendos arcos preparados, que avanzaban escudriñando el suelo de vez en cuando. Seguían el rastro dejado por unas continuas gotas de sangre fresca aún.

Los labios de Uli se entreabrieron formando una mueca de satisfacción. Enfocó hacia ellos el proyector Sommer e iba a disparar el mortífero rayo, cuando se detuvo. Al comprobar que la distancia que lo separaba de sus perseguidores era demasiado larga para que pudieran alcanzarle con una flecha optó por levantarse y colocarse al descubierto de manera que también pudieran verle a él. Al instante en que se les apareció, los dos hombres lanzaron al unísono un grito de júbilo, templaron más los arcos y corrieron en dirección a él. Fue el último acto de sus vidas. Un radiante rayo de luz blanca partió de la mano de Uli y los buscó, al no acertarles en el primer

intento. Las rocas cercanas a los dos hebreos empezaron a fundirse a medida que las tocaba el devastador ingenio, hasta que Uli, parpadeando por el resplandor cegador, con un ligero giro de la mano acertó a los implacables acosadores.

Luego, dejó de presionar el disparador y se tumbó en el suelo en espera de la presencia de otros enemigos; más al transcurrir los minutos y no aparecer nadie se aproximó, siempre con extremadas precauciones, al lugar donde enfocó la mortífera descarga. El calor en el interior del círculo observado por Uli era asfixiante y, no sin estupefacción, en vez de hallar dos cuerpos mutilados sólo halló residuos de unas incineraciones. Al mirar al generador de rayos Sommer comprendió la causa de la destrucción total de los sicarios: el proyector continuaba colocado en la última posición.

Eliminados los hombres de Lobán, regresó corriendo a la hendidura, donde había dejado escondida a Zaida sin dejar de mirar en todas direcciones e inconsciente de que, en la manera de obrar se asemejaba más a una fiera en defensa de sus cachorros que a la de un ser humano. Al verla tendida sobre la dura roca, con la cara sumamente lívida a consecuencia de la herida y de la incertidumbre de si saldrían con vida de aquella cruenta persecución, el semblante de facciones graníticas de Uli se dulcificó como por ensalmo al preguntar desde el borde:

—¿Cómo te sientes, querida?

—Bien, Uli… Pero tú vuelves a estar herido.

—Es la cuchillada de Asá que ha vuelto a abrirse.

—Dame el hierro mágico, te volveré a curar.

—Ahora no, el tiempo apremia y no podemos perder ni un segundo. Voy a recorrer el camino de regreso para cerciorarme de si nos acecha alguien más y después volveré para llevarte a tu casa y sacarte el dardo de la pierna.

Al marchar nuevamente Uli, Zaida tuvo el convencimiento de que el hombre que disparara las flechas había tenido ya su encuentro con él y del final que había tenido: la pequeña máquina que derretía rocas, también había fundido, con mayor facilidad, a aquél.

A partir de aquel momento, se invirtieron las posiciones, el perseguido se transformó en perseguidor. Por lo avanzado de la tarde, Uli se percató de que el sol no tardaría en desaparecer tras las montañas y de la necesidad de aprovechar el escaso tiempo de

claridad diurna en desembarazar el camino de posibles ansiosos en conseguir la fortuna ofrecida por Lobán. Con rapidez inusitada, por lo agotado que debía de estar, Uli caminaba encorvado escudriñando los alrededores hasta donde le alcanzaba la mirada. De pronto, a unos quinientos metros y a una altura inferior a la suya divisó a un hombre que empuñando un reluciente objeto entraba y salía de las múltiples cuevas. Meditó unos segundos y prosiguió hasta llegar cerca del lugar objeto de investigación del terrestre. Cuando se colocó a su espalda, inició el descenso, ocultándose cuanto podía y arrastrándose por el suelo si era preciso. Al llegar a la misma altura, y a no más de veinte pasos, Uli se incorporó y mirando al hombre con ojos en los que se veía una irrefrenable sed de venganza, le dijo con fuerte voz:

—¿Acaso me buscas a mí?

El hombre, sorprendido, giró en redondo y, al creer desarmado y herido, a Uli, produjo su mayor equivocación en su afán de ganar la recompensa. Con la espada por delante corrió para atacarle; entonces, brilló el rayo en la mano de Uli y dio en la mitad del cuerpo del agresor. En pocos segundos, de aquel desdichado sólo quedaron un pequeño e informe montón de cenizas.

Uli no se dio por satisfecho, presumiendo de que habría otros terrestres atareados en su asedio, inició otra vez la tarea que se había impuesto: aniquilarlos a todos. Y sin dejar de extremar las precauciones continuó la búsqueda por los alrededores. Cuando, fatigado en extremo después de haber reconocido las cercanías, iba a regresar al refugio de Zaida, escuchó los bisbiseos de una conversación sostenida detrás de un recodo. Impulsado por un inusitado afán destructor y seguro del poderío casi ilimitado que le proporcionaba el diminuto generador de rayos Sommer, obró al revés, se alejó a fin de dar un rodeo y salirles al paso. Sin apartar la mirada del posible escondite de sus perseguidores, transcurridos diez minutos había logrado colocarse frente a ellos. Después, reptando penosamente, fue acercándose hasta llegar muy cerca del lugar. Seis hombres formando círculo hablaban con voz alta sin temor a delatar su presencia.

—El hecho de no haber regresado Tobit a nuestro encuentro después de acertar a la muchacha de Josué me hace pensar que ella y el mago han debido de esconderse en alguna gruta y todavía no

han podido hallarlos. Creo que ya hemos aguardado demasiado y…

Al no ser mucha la distancia que lo separaba del grupo, Uli disminuyó la intensidad del rayo colocando el control del Sommer en la séptima posición que, por experiencia sabía, bastaría para aniquilarlos a todos. Seguidamente, se puso erecto y con amplia sonrisa de morbosa satisfacción interrumpió al hombre que, en aquellos momentos, parecía llevar la iniciativa.

—Estás equivocado, vuestros compinches si me han hallado, por desgracia para ellos, como os ha ocurrido a vosotros.

Aprovechando el súbito estupor de sus acosadores, al aparecer frente a ellos como vomitado por la tierra, el hombre de Cirok, sin darles tiempo a reaccionar, apretó el disparador de la mortífera arma y con un ligero movimiento de la mano los derribó terriblemente mutilados. Después, los contempló breves instantes e inició el proceso que le resultaba más desagradable: conteniendo la respiración fue reduciendo a cenizas los restos de aquellos desdichados cegados por la ambición.

Sudoroso, maltrecho, con las rodillas y codos con sangrantes excoriaciones a causa de sus repetidos arrastres por el suelo pedregoso y con el brazo izquierdo casi inerte, emprendió el regreso hacia el escondite de Zaida. De pronto, mientras andaba lo más aprisa que sus agotadas fuerzas le permitían, tuvo la impresión de oír una vocecilla muy cerca de él. Alarmado y con el proyector a punto de disparar giró la cabeza velozmente en busca de nuevos enemigos. Estaba solo, no había nadie a su alrededor. Al continuar escuchando la tenue voz, tuvo la esperanza de que…, pero inmediatamente la desechó. Seguramente, pensó, debía de ser fruto de sus embotados sentidos. No obstante, guardó el proyector y sacó del cinturón el pequeño emisor—receptor. No se había engañado, con inmensa alegría escuchó la voz de Joval que repetía incesantemente:

—Uli, responde, ¿me escuchas?… Responde, Uli…

—Te oigo, Joval habla.

—¿En qué peligro te encuentras? Por los detectores de la nave sabemos que estás usando a la máxima potencia los Sommer. Responde, te lo suplico.

—Me he visto obligado a emplearlo contra nueve terrestres; no tenía alternativa, mi vida o la de ellos.

—Pronto estaremos junto a ti, resiste cuanto puedas.

—De momento, creo haberme salvado. Te necesito con un botiquín quirúrgico de urgencia para que efectúes unas ligeras curas, pues yo no estoy en condiciones. ¿Tardarás mucho?

—Estamos volando a la altura del satélite del tercer planeta — se interfirió la voz de Volf, añadiendo seguidamente: — Unas veinte horas.

—Será demasiado tarde. No puedo esperar tanto tiempo para ejecutar la cura que preciso, tendré que hacerla yo.

—¿Estás malherido, Uli?—preguntó angustiado Joval.

—Estoy herido, pero no de consideración. Quien precisa de los cuidados de un médico es un terrestre, es decir, un habitante del tercer planeta. Ahora no puedo entretenerme más, ya me comunicaré con vosotros cuando pueda

—Se prudente, Uli, no permitas que te ocurra ningún percance.

—Así lo haré. Adiós, compañeros.

La comunicación quedó interrumpida y, mientras en la aeronave, Volf forzaba al máximo los motores para rescatar a Uli del peligro en que se hallaba, éste regresaba junto a Zaida con el amargo pensamiento de que si Joval hubiera regresado un día antes, ella estaría ilesa y él no hubiese tenido que matar a diez hombres terrestres en el transcurso de pocas horas.

Al llegar al escondite de Zaida, para no sobresaltarla con el ruido de sus pasos, la llamó quedamente:

—Zaida, soy yo, Uli, no te asustes. ¿Estás bien?

—Sí, ¿y tú?

—También.

Saltó dentro de la grieta y poniéndose en cuclillas acarició la frente de la joven a la par que le decía:

—Ha oscurecido, debemos intentar regresar a Jericó.

—¿No habrá más hombres de Lobán emboscados para darte muerte? —preguntó angustiada por la amenaza de muerte que se cernía sobre él.

—Hoy no..., mañana... Ya lo dijo un día tu padre, el mañana no lo ha visto nadie.

Y sin aguardar más, Uli penosamente la levantó en vilo mientras le susurraba:

—Sujétate a mi cuello, Zaida, con el brazo izquierdo casi no

puedo sostenerte.

Con inevitables y continuos traspiés, Uli emprendió el camino hacia Jericó ya en completa obscuridad. Aunque podía haber empleado la pila de luz negra se abstuvo de hacerlo para no tener que adherirse a los ojos los correspondientes lentes y no asustar más a la joven con otro raro e incomprensible artefacto. Debido a las continuas incursiones hechas por las montañas en compañía de Roboam, Uli conocía perfectamente aquellas sendas y caminando por los estrechos y escabrosos atajos cada vez acortaba más la distancia. Al quedar sin aliento, pedía a su compañera:

—Ponte de pie apoyándote en mí y procura sostener todo el peso del cuerpo sobre la pierna derecha.

Luego de un reparador descanso, la tomaba nuevamente en volandas y proseguían el camino. Muy cerca ya, después de una agotadora y larga caminata, de las puertas de Jericó, Uli se detuvo: multitud de antorchas se esparcían por los caminos que circundaban la ciudad.

—Estamos salvados, Uli, vienen en nuestra busca — dijo Zaida al ver al grupo que venía hacia ellos.

—Tienes razón, indudablemente vienen en nuestra búsqueda, ¿pero, a salvarnos precisamente? Bájate, Zaida, necesito tener el brazo libre.

* * *

El grupo de hombres, iluminándose con las encendidas teas, continuaba acercándose. Uli dejó de pie a Zaida, asida a su cuello para que se apoyase en él, e introdujo la mano en el cinturón descansándola sobre el proyector en espera de los próximos acontecimientos.

Los hombres que los buscaban llegaron poco después cerca de ellos y Uli, al verlos a la luz del fuego de las antorchas se sintió aliviado, encabezando el grupo marchaba Josué. Al separarlos sólo unos diez pasos de la pareja se detuvieron y en la quietud de la noche se oyó una voz bronca e iracunda que increpaba duramente al hombre de Cirok:

—Uli, te he tenido por mi amigo, has comido de mi pan y has bebido de mi vino, te has alojado bajo mi techo y me has deshonrado. Tu crimen sólo merece un castigo: la muerte.

El apostrofado no comprendió las palabras del colérico Josué, hasta que Zaida, con impulsivo desprecio, gritó a su progenitor:

—Padre, me siento avergonzada de ti. ¿Tan pobre es la opinión que merece la honra de tu hija?

—Josué — le reconvino inmediatamente Uli — no sé de dónde provienen tales infundios, pero por Yahveh te juro que, a pesar de ser mi amigo y del respeto que te profeso, si vuelves a hacer una insinuación semejante te cortaré la lengua con mis propias manos.

La violenta postura adoptada por ambos jóvenes fue completamente contraria a la esperada por Josué, por cuya razón quedó momentáneamente desconcertado y sin saber que decisión tomar.

—Acércate, Josué — sonó gélida la voz de Uli —. Los demás quietos donde están — ordenó al ver avanzar a todo el grupo.

Josué se acercó sumiso a ellos y al contemplarlos quedó horrorizado ante el aspecto que ofrecían. Al ver la flecha clavada en el muslo de su hija y la gran mancha de sangre que se le extendía por las vestiduras sintió estremecérsele todo el cuerpo. Miró a Uli y vio un furioso rostro cubierto por un amasijo de sudor y polvo, la túnica desgarrada, y el desnudo brazo izquierdo cubierto de sangre así cómo la parte del pecho que tenía al descubierto.

—¡Hija mía! ¿Qué te ha ocurrido? — preguntó tembloroso el poco antes enconado Josué.

—Tiempo habrá para hablar, ahora lo más importante es sacarle la flecha. ¿Son de fiar los hombres que te acompañan?

—Sí — respondió humildemente Josué—, son parientes míos.

—Entonces, tira la antorcha y llévate en brazos a Zaida; yo, lo confieso, no puedo más.

Los acompañantes de la silenciosa comitiva, poco antes soliviantada, intrigados por el lastimoso estado de los sangrantes jóvenes, iniciaron el regreso a Jericó sin osar hacer pregunta alguna. El terrible aspecto de Uli y la fiereza que brillaba en sus ojos los tenía acobardados.

Al penetrar en la ciudad fueron muchos los curiosos que se asomaron a su paso como si aguardaran de antemano su llegada. Uli, aunque derrengado y sin quitar la mano del proyector, no dejaba de observar a cuantos atisbaban en prevención del más ligero síntoma de peligro. Pero en la mayor parte de los rostros únicamente

observaba siempre la misma reacción: la sorpresa.

Al llegar a la casa del patriarca Josué, al igual que cuando entró en ella por vez primera, la encontró llena de gente formando grupos que conversaban en voz baja. Josué, llevando en brazos a Zaida, carecía de toda iniciativa y al penetrar en la mansión y ser interrogado por alguno de los presentes no supo que contestar.

—Llévala a su habitación — ordenó imperioso Uli, y al ver a la madre ir en pos de ellos, añadió: — Sara, ven, pon dos recipientes de agua a hervir, busca un cuchillo afilado, cuanto más estrecho mejor, y pon la hoja en el agua hirviendo hasta contar ciento veinte. Sácalo por el mango y tráelo a la habitación de Zaida con un buen puñado de trozos de lino. Cuando el agua esté templada súbelo todo al mismo tiempo. Jerusá — dijo a la sirvienta —, tráeme algo para lavarme las manos.

Poco después, Uli penetró en la habitación de Zaida, que ya reposaba sobre la mullida cama, y con gran ternura trató de infundirle valor.

—Pequeña mía, pronto te sacaré la flecha y tus padecimientos habrán terminado; por fin acabará el infierno en que hemos vivido esta tarde.

—¿Qué ha ocurrido, Uli?—preguntó más sereno Josué.

—Tiempo habrá para hablar — repitió — ahora cuida de que traigan muchas velas, necesito más luz.

Al penetrar Sara en el dormitorio de Zaida, en una mesa ardían gruesos blandones de cera, iluminando bastante bien la habitación.

—Josué, haz que suba un pariente tuyo y traiga otro cuchillo cualquiera.

Cuando el llamado estuvo allí, Uli cogió el cuchillo del individuo y con voz sin inflexiones ordenó:

—Josué, sujeta las piernas de tu hija y no dejes que las mueva, tu pariente que haga lo propio con los brazos.

Seguidamente, desgarró las vestiduras de Zaida y al arrancarle la tela adherida a la sangre seca de la pierna gimió de dolor.

—Siento en lo más profundo de mi ser causarte sufrimiento — le dijo Uli, mientras con trozos de lino empapados de agua tibia limpiaba la sangre de la pierna alrededor de la flecha.

Asió, después el cuchillo esterilizado e hizo una incisión en el mismo lugar que se había clavado la flecha. Zaida emitió un

doloroso quejido y seguidamente Josué murmuró al notar la flacidez de las piernas que sujetaba:

—¡Uli!

—Ya sé, está desmayada; es lo mejor que podía ocurrirle porque así no sentirá ningún dolor. Ahora ya no os necesito, Josué, podéis dejarme solo por cuanto si no hay nadie a mi alrededor que me distraiga estaré más atento a mis actos.

La demanda de Uli no sorprendió a los padres de Zaida, recordaban perfectamente que cuando sanó a ella y a Roboam tampoco los quiso junto a él. Seguidos de su pariente salieron silenciosos y cerraron la puerta tras sí.

Uli, después de agrandar el orificio de entrada de la flecha, tiró de la misma y la arrancó sin dificultad. Limpió cuidadosamente la herida y de nuevo apareció en su mano el proyector. Colocó la primera posición y disparó el azulado dardo lumínico sobre el corte producido, hasta quedar totalmente cauterizado. Seguidamente guardó el ingenio y extrajo dos tabletas de perical, una la depositó sobre su propia lengua y la otra la sujetó entre los dedos pulgar e índice de la mano de su tumefacto brazo izquierdo.

—¡Josué, Sara, ya podéis pasar! —llamó.

Entraron agitadamente y sus miradas se posaron sobre la pierna de su hija. Donde antes estaba la flecha, únicamente se veía una pequeña herida con claros indicios de una rápida cicatrización.

—Sara, la cama está mojada y no puede dormir en ella, por tanto, es necesario transportarla a otra. Desnudadla, la envolvéis en una sábana y la cambiáis de habitación; luego la vestís con ropas secas, pero antes rasgadlas hasta la cintura porque necesitaré vendar la pierna; cuando hayáis concluido llamadme. Os aguardo aquí.

Ya en otra cama, Uli examinó la herida de Zaida, el cuidadoso traslado no hizo sangrar en lo más mínimo la cauterizada incisión.

—Sara, me siento inútil del brazo izquierdo, ¿quieres vendarla tú? Entre tanto, Josué, ¿puedes traer un vaso de vino para reanimarla?

El matrimonio cumplió las órdenes sin objeción y cuando Josué le entregó el cubilete lleno de vino, Uli, vuelto de espaldas, puso dentro la diminuta píldora de perical.

—Ten, Sara, cuando vuelva en sí dáselo a beber.

Pasados diez minutos, que a todos parecieron interminables,

Zaida se recobró: Observó los ojos ansiosos que la miraban y sus primeras palabras, fruto de una obsesión, fueron para preguntar a Josué:

—Padre, ¿por qué has dudado de mi honestidad?

—Cállate, Zaida, no lo abrumes más porque sus motivos habrá tenido — intercedió Uli —. Además, nuestra conducta, al ignorar cuanto ha ocurrido, bien podía parecerle sospechosa. Ahora bébete el vino que te dará tu madre y te sentirás mejor. Después, tiempo tendremos para darnos mutuas explicaciones.

Zaida obediente, ingirió, no sin repugnancia, el contenido del vaso que le entregó Sara.

—Estás agotada, Zaida. Aleja de tu mente cualquier pensamiento relacionado con lo ocurrido esta tarde y procura dormir, fe hará un gran bien al cuerpo y espíritu.

—Antes déjame curarte — contestó la joven mirando significativamente a Uli con la intención de hacerle comprender que le dejara emplear de nuevo el hierro mágico.

—Nosotros cuidaremos de él, pequeña — intervino Josué—, ¿acaso, crees poder hacerlo mejor que tu madre?

Zaida no respondió. No pudo contestar porque su contestación hubiera tenido que ser afirmativa, pues Uli ni siquiera mostraría a Sara el hierro asombroso que, a voluntad, lo mismo destruía que curaba.

—Nuestra hija tiene razón, ya es hora de que cuidemos un poco de ti; tú ve diciéndome cuánto debo hacer y cómo curarte. Tu sabiduría es muy superior a la nuestra—

¡Y tan superior como era la técnica médica del hombre de Cirok a cualquier de los terrestres! Aún en la ignorancia, y sin conocer todo el alcance de la diferencia, Sara había vislumbrado su patente inferioridad en relación con el extranjero.

El matrimonio, seguido de Uli, bajó a la planta donde todavía aguardaban los parientes y amigos íntimos de la familia. Entre los concurrentes, Uli también vio a Lobán, el responsable de que, a no ser por el terrible poder destructor del aumento de potencia del Sommer, un hombre y una mujer hubiesen parecido a manos de una turba de ambiciosos y despiadados sicarios, por cuanto no habrían tenido ni la más remota posibilidad de haber salido con vida de la cruenta persecución.

Mientras Sara limpiaba con agua hervida los coágulos de sangre seca del brazo de Uli, éste permanecía silencioso, sentado en uno de los rústicos bancos de madera adosados a la pared.

—Es una tremenda cuchillada, Uli, ¿quién te la dio? — preguntó Sara, apiadada ante la magnitud de la herida del hombro del joven.

La respuesta llegó claramente a oídos de todos los presentes.

—Uno de vuestros trabajadores, uno a quien consideraba amigo y al cual maté aún sin ser tal mi intención... Asá.

La revelación de la muerte de Asá no provocó ni el más leve comentario. Uli tuvo, como consecuencia, el convencimiento de que el cadáver ya había sido hallado junto a los campos de trigo.

—¿Sabes, acaso, por qué razón?—intervino Josué, deseoso de saber por boca del homicida si la causa que motivó la muerte de Asá era idéntica a la que le explicaran a él.

—Por la misma que Tobit y su pandilla, obrando por cuenta propia a fin de estar libres de toda sospecha pues evidentemente me hubieran achacado a mí la muerte, intentaron matar a Zaida.

—Pero ¿por qué?—gritó exasperado Josué.

Con la serenidad característica, el extraterrestre como contestación levantó la voz y llamó:

—¡Lobán! ¿Quieres explicar tú la causa o prefieres que lo haga yo?

—Nada sé de este embrollo.

—Dices verdad con relación a Zaida, pero, en cuanto a mí, te pregunto de nuevo: ¿quieres explicar tú la causa o prefieres que lo haga yo? — repitió imperturbable Uli.

—No sé de qué me hablas, extranjero — contestó despreciativamente con la intención de hacer resaltar ante los asistentes la condición no hebrea de Uli, al presumir un inevitable careo entre los dos y con lo que, astutamente, lograría predisponerlos contra el forastero.

—Es inútil que quieras ampararte con esta capa de frialdad aparente. A Tobit y a los otros jamás volverá a verlos nadie, ¡óyelo bien! Ni muertos ni vivos. Había muchos más hombres en el granero y, al comprobar mi aseveración, no tardarán en estar poseídos del pánico que les infundirá el poder de Uli..., el brujo, como tú me llamaste, y entonces, al ser más fuerte el miedo de la incertidumbre por cuanto les pueda ocurrir que la ansia de ganar las cien monedas

de oro, hablarán. Además, a Zaida, por tu estupidez, la has perdido para siempre; está enterada de la recompensa que ofreciste a cambio de mi vida y que, por poco, cuesta la suya.

A Lobán no le cupo la menor duda de que el maldito brujo había descubierto el complot. Impulsivamente obró tal como Uli, conocedor de la mente humana terrestre, esperaba que hiciera. Cegado por el fracaso, corrió hacia su antagonista y agarrándole fuertemente la garganta con ambas manos y los ojos desorbitados por la ira, gritó:

—¡Ellos fracasaron, pero yo no!

Antes de que ninguno de los presentes pudiera actuar ante la imprevista reacción de Lobán, lo hizo Uli. Aguardó de pie el ataque de Lobán y, al sentirse semiasfixiado por aquellas garras poderosas, levantó con toda la fuerza de que fue capaz la rodilla derecha y pegó un terrible rodillazo en la ingle de Lobán, quien a consecuencia del dolor soltó la presa que hacían sus manos. Instantáneamente, el hombre de Cirok, sin darle respiro, con el canto de la mano golpeó dos veces consecutivas el cuello de Lobán y lo derribó al suelo convertido en un guiñapo.

—Josué, querías conocer la causa de los atentados a nuestras vidas: aquí la tienes — concluyó Uli señalando al caído Lobán—. ¿Está, para ti suficiente clara la respuesta?

Josué comprendió súbitamente toda la tragedia, inclinó afirmativamente la cabeza, y, a pesar del reprobable proceder del hombre tendido a sus pies, sintió conmiseración hacia el hombre que había destinado a ser el padre de sus nietos.

CAPÍTULO VII

A la noche del día siguiente, y con el pretexto de que deseaba dormir, cual hiciera en los primeros días de conocer a Roboam, en pleno bosque, Uli abandonó la casa de Josué, no sin antes escuchar por parte de toda la familia, multitud de bien intencionadas reconvicciones ante la posibilidad de que pudiera ser objeto de algún otro atentado.

Al amparo de la obscuridad, y con todos los sentidos alerta, Uli abandonó Jericó y se dirigió, no al bosque como había dicho sino a las montañas de las cuales conservaba del día anterior tan acervo recuerdo.

Aquel era, precisamente el lugar elegido para su cita con Joval. Fuera de la ciudad, procuró pasar siempre por caminos despejados a fin de evitar ser sorprendido, con la mano puesta en el proyector asido magnéticamente a su cinturón. Anduvo unos veinte minutos más y, cuando se consideró bastante alejado, sacó el pequeño emisor —receptor.

—Joval, ¿me escuchas?

—No sólo te escucho sino también te veo, Uli. Estamos a quinientos metros por encima de ti. No hay nadie a tu alrededor, vamos a descender.

Uli permaneció quieto y a pocos pasos de él oyó el suave choque de los amortiguadores desplegados de la aeronave al tomar tierra. Una ligera claridad le indicó que la escotilla de abordo estaba abierta y se encaminó hacia ella. Pisando el tercer planeta, había un hombre de estatura de chiquillo terrestre que le estaba aguardando.

—Uli, amigo mío — escuchó a través del receptor —, no sabes con cuanta impaciencia he esperado este momento, ni la alegría que me produce al tenerte ya entre nosotros.

—Lo comprendo, Joval, porque a mí me ocurre igual.

Ambos hombres penetraron en la nave y la exclusa de entrada se cerró silenciosamente. Una vez expulsado rápidamente el aire terrestre se abrió la puerta de acceso al interior, donde expectativamente esperaban

Avolf, Volf, Jaro y Hubo. Antes de poder saludarlos, Uli sintió una opresión en el pecho, dificultad en respirar la atmósfera de

composición artificial igual a la de Cirok, y se percató de que le tambaleaban las piernas. Después de pasar tanto tiempo en la Tierra su organismo estaba habituado a tal medio ambiente y la transición fue demasiado brusca para él. Algo inconsciente se dejó conducir vacilante por el brazo de Joval al interior de la gran campana de experimentación. Joval, siempre provisto de la transparente escafandra, penetró con él y seguidamente, en un instante, se llenó de aire de composición terrestre.

—Presumía dé que te ocurriría tal eventualidad. Tiéndete y respira lentamente. De regreso a Cirok, efectuaremos el proceso inverso de tu adaptación.

Miró afectuosamente a Uli, tendido sobre una esponjosa litera, y le pasó los finos dedos por la tortuosa cicatriz de la frente. A través del micrófono volvió a sonar su voz.

—Tienes mal soldada esa ligera fractura del frontal. Tendré que arreglártela y sacarte tan fea cicatriz.

—Primero examina mi brazo izquierdo, Joval — contestó Uli, mostrando el tosco vendaje del brazo.

Mientras Joval quitaba la venda del hombro de Uli, éste hizo con la mano un gesto amistoso de saludo a Volf, Jaro y Rubo, quienes desde el exterior de la campana no dejaban de mirarle sonrientes. Tras desenroscar varias vueltas, Joval se detuvo en su quehacer: la sangre seca de la venda estaba completamente adherida a la cuchillada.

—Volf, ¿quieres acercarme el maletín que preparé? Rubo, atiende a los instrumentos para efectuar el cierre del compartimiento.

Los astronautas se retiraron hacia la parte delantera de la nave y seguidamente las puertas que separaban la sección donde estaba instalada la campana, descendieron silenciosamente por las guías y la cerraron herméticamente. Joval pulsó el botón de apertura de la campana y asió el maletín dejado ex profeso junto a la puerta. Volvió a cerrar, y Rubo, atento a la indicación electrónica, conectó el sistema de vacío para expulsar el posible aire terrestre escapado e inyectó de nuevo, en el compartimiento, aire de composición al de Cirok, a la par que las puertas se enrollaban a su primitiva posición. Exactamente, se había verificado la maniobra en un tiempo de cinco segundos.

—Avalf, ¿puedes poner la iluminación normal?

—Sí, Joval, ya estamos a una altura de cuatro mil metros —contestó el piloto al iluminarse totalmente la nave con la luz de suave tono azul—verdoso—, cuando quieras podemos emprender rumbo a Cirok.

—Espera, Joval, me interesa permanecer tres o cuatro días más en el tercer planeta, ¿puedo?—demandó Uli.

—Claro que puedes, muchacho — contestó el profesor mientras con una jeringuilla a presión introducía en los tejidos del hombro de Uli un poderoso anestésico.

—Una mujer me salvó la vida y como yo resultó herida. Creo que mi deber es dejarla totalmente curada, Joval.

—No precisas darme explicaciones, partiremos cuando tú lo indiques.

La cura fue rápida. Joval arrancó de un tirón la venda, dejó al descubierto el sangrante y profundo corte y lo examinó cuidadosamente. Se percató de que Uli había intentado cauterizarlo con el Sommer y que después, debido posiblemente a algún esfuerzo con el brazo, se había abierto de nuevo. Llenó otra jeringa de un líquido espeso y amarillento y depositó el contenido por toda la herida de Uli, vendándola seguidamente con mano diestra de profesional. Por todo comentario sólo pronunció una palabra:

—Oipep.

Uli conocía sobradamente la eficacia del regenerador de tejidos mentado por Joval. A los tres días de aplicación del medicamento, tendría completamente cicatrizada la herida con una débil señal en el lugar donde le fue inferida y que a las pocas semanas desaparecería también.

Ahora era Uli, quien sentado en su sillón de la cámara de navegación, iba provisto de escafandra espacial. Por primera vez vio la presencia de un nuevo tripulante, un hombre de unos cuarenta años de edad que no dejaba de mirarlo fijamente con patentes muestras de admiración.

—No os conocéis, ¿verdad? Es Uli — hizo la presentación Joval —; y él es Naic, geólogo. Su misión era estudiar la constitución del satélite del tercer planeta, pero no pudo. El detector de rayos Sommer, inesperadamente, dio la señal de tus fuertes descargas.

—Siento haber frustrado vuestros planes, Joval...

—Lo haremos al regreso, si puedes soportar la impaciencia de

llegar a Cirok con un par de semanas de retraso.

Durante el resto de la noche ninguno de los tripulantes de la nave se acostó. Sentados cómodamente alrededor de la mesa, Uli respondió a todas las preguntas que sus compatriotas le formulaban con infantil curiosidad. Muy próximo al amanecer del nuevo día, Uli fue desembarcado por segunda vez a la superficie de la Tierra. Entre tanto, la nave permanecería a ocho mil metros de altura en espera de la comunicación definitiva y que culminaría con el experimento llevado a feliz término.

Uli dejó transcurrir el poco tiempo de nocturnidad y a los primeros rayos del sol diurno, emprendió el camino hacia Jericó. La casa de Josué tenía el portalón abierto y en el interior Sara preparaba el cotidiano vaso de leche con pan tostado que tomaba su marido antes de marchar a cuidar de sus grandes propiedades.

—¡Hola, Uli! —le saludó alegremente Josué—. No parece que hayas dormido muy bien.

—Tienes razón, he permanecido mucho rato despierto.

—Pues ve y acuéstate, ya cuidará Roboam de despertarte.

—¿Estará despierta Zaida? — preguntó—. Quisiera curarla antes de que, como dices bien, me coja Roboam por su cuenta. Le prometí formalmente ir a pescar con él.

—Sara, sube y despierta a la chica.

La esposa de Josué cumplió inmediatamente el mandato. Despertó a Zaida y, como ya era costumbre, la dejó sola con plena confianza en la integridad del extranjero.

—Buenos días, Zaida, veamos la pierna.

—Buenos días, amor mío, — contestó con un susurro para no ser oída.

Uli observó la cerrada herida de Zaida y de igual forma le dijo:

—Voy a ponerte un ungüento usado por mi pueblo; no te extrañes, pues, de lo que me veas hacer, te prometo que mañana estarás del todo bien.

Introdujo la mano en el interior de la túnica y Zaida le vio sacar, y depositar sobre la cama, una caja de metal opaco y un frasco con inscripciones desconocidas lleno de un líquido amarillento. Uli abrió la caja y, en su mano, apareció una jeringa a la que acopló una gruesa y corta aguja, luego destapó el frasco, llenó la jeringa de oipep y lo esparció sobre la piel lacerada de Zaida.

—Ahora encoge la pierna derecha para que la sábana no quite el ungüento.

Después, recogió los utensilios y, tras besar amorosamente la mejilla de la joven, abandonó la habitación.

Transcurridos dos días, la pierna de Zaida, ante el asombro de todos, estaba totalmente sanada y únicamente una ligera raya rojiza señalaba el punto donde se clavara la flecha.

Acabada la cena de aquella noche y retirados Zaida y Roboam a sus respectivos aposentos, Josué miró fijamente a los ojos de Uli y le dijo con gran franqueza:

—Uli, tienes algo importante que comunicarme, pues en varias ocasiones te he notado deseos de hablarme. Además, todo el día has estado abstraído y tu mirada no puede ocultar la tristeza de tu alma. ¿Qué te ocurre?

—Ha llegado el momento de mi partida, Josué, de mi marcha definitiva.

—¿Cuándo será? — preguntó sin poder disimular la aflicción producida por la inesperada noticia.

—Esta noche, ahora mismo. No he tenido el valor suficiente para despedirme de Zaida y de Roboam, ¿querrás hacerlo tú por mí?

Josué asintió con una inclinación de cabeza. Después, ambos hombres se abrazaron fraternalmente en muda despedida.

—Adiós, Sara. No precisa os diga cuánto siento dejaros porque estoy seguro que lo sabéis sobradamente — dijo a la esposa de Josué, llorosa cual si marchara de su lado un familiar querido.

El matrimonio, en el portal de la casa de Jericó, vio desaparecer a Uli en la negrura de la noche. Al perderlo definitivamente de vista, Josué comentó con su esposa:

—Indudablemente, sus curaciones eran obra de un brujo, pero ojalá no hubiera marchado jamás de nuestro lado. Me precio de conocer a los hombres y Uli es bueno, es un hombre maravilloso.

CAPÍTULO VIII

El retorno de la astronave, procedente de su viaje de estudio al tercer planeta del sistema, fue tan reservado como la salida. Al tomar tierra en el astropuerto de la Capital de Cirok, no habían los clásicos informadores, las cámaras para transmitir reportajes para la televisión del país, ni la muchedumbre que aclamara al primer hombre que había convivido por un período superior al de un año con seres de otro planeta. La experiencia de los siglos había demostrado que la exaltación pública a un hombre, por transcendente que fuera su hazaña, podía conducirlo a un egocentrismo que podría ocasionar, incluso, envidias y rencores. De considerarlo de interés, previo el estudio del informe que emitiría Uli, se daría a conocer el experimento realizado guardando en el anonimato a los realizadores. Así, se exaltaría la gesta, que correspondería a Cirok, y no a unos hombres.

Los siete ocupantes de la nave, después de intercambiar unas simples palabras de salutación con los cuidadores del ingenio espacial, marcharon directamente en un turbomóvil, dispuesto a tal efecto en cumplimiento de las órdenes recibidas, a presentarse al Regidor del Departamento de Navegación, el cual, previos los continuos informes emitidos por la radio y televisión de a bordo, sabía que la expedición había regresado de las misiones encomendadas.

Al cerrarse electrónicamente las puertas del despacho, el Regidor, que aguardaba de pie a los expedicionarios en el centro de la espaciosa sala, se acercó con las manos extendidas hacia Uli, y con grandes muestras de entusiasmo fue el primero a quien saludó.

—¡Bravo, Uli! Sabía que lo conseguirías.

—A punto estuve de fracasar, Regidor, el estar ahora frente a ti, se lo debemos a Rubo. De no haber transformado el proyector de rayos, Sommer en una buena y eficaz arma defensiva, mis huesos, seguramente, estarían calcinándose bajo los rayos del sol o pudriéndose debajo de dos palmos de tierra. En este maletín encontrarás una larga grabación de mis experiencias e ideas relativas a los ciento ochenta microfilms que Jaro amplió durante nuestro viaje. Te prometí traerte un recuerdo: aquí lo tienes —

terminó Uli entregándole tres monedas, una de cobre, otra de plata y la tercera de oro —; creo, como podrás comprobar al escuchar mi relato, que es el peor invento de los terrestres: el dinero.

—Me gustaría que estuvieras presente mientras escucho tu informe y miro las fotografías, pero comprendo que después de tres años de ausencia querrás regresar cuanto antes a R. 183. Vete, pues, y tómate un par de semanas de descanso y luego regresas para charlar conmigo, pero, recuerda, ni una palabra a nadie de tu viaje con la única excepción de tu madre a quien, por visófono, informé personalmente de tu misión secreta. ¿Queréis llevarlo?—preguntó mirando a los pilotos de la astronave.

—Yo lo haré, si me lo permites, Regidor — contestó rápidamente el joven Volf que había simpatizado extraordinariamente con Uli.

—Entonces, marchad, no perdáis más tiempo.

—Regidor, yo...

—Sí, Uli interrumpió el Regidor — sé cuanto vas a decirme y te lo agradezco, pero adivino tu ansia para estar junto a tu madre.

—Gracias.

—A ti, buen Uli.

* * *

Mientras volaban raudos hacia R. 183, Uli meditabundo y no sin ligera preocupación, advirtió que la impaciencia se había adueñado de él y que el sistema nervioso parecía desobedecerle los dictados emitidos por el cerebro. ¿Me habré contagiado de la emotividad de los terrestres?, se preguntaba así mismo, mirando a través de la transparente carlinga en espera de divisar a su querida aldea. ¡Por fin! allí a lo lejos veía a los erguidos edificios y al serpenteante riachuelo en el cual tanto gustaba de pescar Dana. Dana... la imagen de la joven que pronto sería definitivamente su mujer vino a su mente, pero, involuntariamente, aquel rostro se transformó en otro de sonrosadas mejillas, ojos azules y abundante pelo rubio.

—Zaida, — murmuró compungido con el idioma terrestre—, ¿podré separar de mí, sin dolor, el amor que siento hacia ti?

Le sacó de su abstracción la voz de Volf.

—Ya hemos llegado, Uli, me gustaría que esta separación no fuese definitiva y volviéramos a encontrarnos alguna vez.

—Volf, yo también lo deseo de todo corazón.

Al penetrar en la aldea, Uli, más perspicaz, observó cómo los pocos habitantes que se cruzaban con él lo miraban extrañados reflejando la misma sorpresa de cuantos lo veían por primera vez, pero ahora, además, con cierto desasosiego. La primera impresión, al ver el asombro causado en casi la totalidad de sus conciudadanos, fue la de que su presencia les resultaba irreal. ¿Qué habría ocurrido en R. 183 durante su prolongada ausencia? ¿Era posible olvidar en tan poco tiempo al médico y al amigo?

Ligeramente preocupado por el frío y anómalo comportamiento de los habitantes de R. 183, anduvo apresuradamente hasta el edificio en el cual tenía su apartamento. Sin hacer uso de los rápidos ascensores, subió ágilmente las escaleras de dos en dos hasta el cuarto piso. Pulsó el botón de apertura de la traslucida puerta y penetró en el interior de su antiguo hogar. De una simple ojeada, vio que la disposición de los muebles era la misma a la del día de su partida hacia la Capital de Cirok, inicio de su excitante aventura.

—¡Madre! — llamó al no verla, con voz temblorosa mezcla de emoción y temor.

Como contestación a la llamada se abrió una puerta interior, construida también por una sola placa de material plástico transparente, y apareció una diminuta mujer.

—¡Uli! ¡Mi Uli! —gritó corriendo hacia él.

Uli la abrazó y, levantándola en vilo la besó, repetidas veces en la frente y las mejillas. La mujer recibió las extrañas caricias de su hijo y sintió que cada una de ellas la llenaba de gozo. En Cirok se desconocía el uso del beso.

Pasada la efusión del encuentro, Uli explicó a grandes trazos los detalles más sobresalientes de su permanencia en la Tierra y, ya pasada más de media hora de conversación, le anunció:

—Voy a visitar a Dana, madre.

—Espera, Uli, primero he de hablarte — le contestó rápidamente con repentina seriedad.

—¿Qué le ha ocurrido? — preguntó alarmado al observar el brusco cambio efectuado en su madre.

—Dana ya no es una mujer libre. Kozak la tomó por esposa.

—¿Kozak?

—Sí, recuerda, es el médico que enviaron a R. 183 para sustituirte, pero no culpes a ninguno de los dos y menos a Dana,

pues en la aldea todos te creían muerto.

—¿Muerto? ¿Por qué?

—Voy a ser breve en mi explicación, hijo, atiende bien y comprenderás: la misión que llevabas a cabo únicamente era yo quien la conocía y estaba obligada a callarla por indicación del Regidor. Considera mi sufrimiento, Uli, al ver a Dana preguntando continuamente por ti a cuantos podían informarla de tu paradero y yo, la única que lo sabía, sin podérselo revelar. Todo cuanto conocía de tu extraña desaparición, era la orden de tu presentación a la sede del gobierno del planeta. Pasado ya un año de tu ausencia marchó, incluso, a la Capital de Cirok, pero nadie diole noticias acerca de ti. Habías desaparecido en el mayor misterio. Ella creyó, y toda la aldea también, pues por aquellas fechas se dio un caso, de que la nave que te conducía había caído en lo más profundo del océano sin haber podido ser rescatada. Pasó el tiempo y ya jamás se supo de ti, ni siquiera yo. Por tanto, era muy humano y natural que Dana volviera a encauzar su vida.

—Y se desposó con Kozak.

—Hace seis meses. Pero no la culpes, Uli; de saber que vivías te hubiera esperado tu regreso.

Uli quedó silencioso y meditó cuán despiadado había sido su sino. Se había enamorado de una mujer del tercer planeta, cual hacían los terrestres, y no sólo no podía desposarse con ella sino que, con toda posibilidad, ni siquiera volvería a verla jamás. Por otra parte, confiaba en que la unión con la cariñosa Dana acabaría por hacerle desaparecer el profundo afecto hacia Zaida, pero el destino, cruel con él, le había hecho encontrarla desposada con otro. Se había enamorado de dos mujeres, pero ninguna sería para él.

—No obstante, madre, hablaré con ella para...

Uli fue interrumpido por el zumbador del visófono.

Se aproximó al aparato y, colocado frente al teleobjetivo para asimismo poder ser visto, apretó el botón de puesta en comunicación. Se iluminó la pantalla y en ella apareció un rostro de mujer. ¡Dana!

—Uli, acabo de enterarme de tu regreso. No sabes cuánta alegría he experimentado al saberte vivo, pero he cometido una acción...

—No te preocupes, Dana. Mi madre me ha puesto al corriente y ya sé que has elegido marido. No te reproches por ello, pues en el

caso de que uno debiera de reprochar al otro, la razón está de tu parte y eres tú quien ha de reconvenirme a mí por haberte tenido tanto tiempo en la incertidumbre. Por tanto, encuentro muy justa tu unión con Kozak; además, es muy lógico de que llegara a gustarte un hombre normal...

—No, Uli...

—Sí, mujer, yo en Cirok soy anormal, mis proporciones sobresalen tanto del prototipo que parezco de una raza distinta — continuó Uli al recordar a las de los habitantes del planeta Tierra más semejantes a las suyas que las de su propio mundo — por eso repito, es comprensible tu unión con Kozak, de figura y constitución normal.

—¿No abrigas ningún resentimiento hacia nosotros? — preguntó Dana sabedora de que Uli afirmaría o negaría con toda sinceridad.

—No te atormentes más, querida; tú y Kozak seréis siempre para mí dos grandes amigos.

—Gracias, Uli.

—No me las des, Dana, porque aun sin la posibilidad de hacerte saber que vivía, no soy merecedor de tu bondad.

CAPÍTULO IX

Los días de asueto concedidos a Uli pasaron rápidamente. Sentado en un amplio sillón, mandado a traer ex profeso al despacho, escucha las alabanzas del Regidor.

—Ha sido un buen trabajo el tuyo, Uli, y es justo hacerte saber, confidencialmente, el final del mismo; he trasladado lo más importante de tu informe y las fotografías tomadas del tercer planeta al Consejo de Regidores y, por unanimidad, hemos llegado a la determinación de no interferimos en la vida de la Tierra hasta que cambien de manera de ser. ¿Qué sucedería si mandáramos a varios grupos de científicos para enseñarles nuestras técnicas? El cambio que experimentarían sería tan brusco que nos tomarían por demonios, dioses, invasores o brujos, y la mayor parte de nuestros enviados, con seguridad, serían sacrificados. Por otra parte, la incógnita más difícil de resolver es ésta: ¿haríamos bien en adelantar varios milenios su civilización, si el creador no lo ha dispuesto así? Decididamente nuestro parecer es no. Por el momento, sólo nos dedicaremos a estudiarlos y seguir su lento desarrollo cultural hasta llegar el momento oportuno de establecer contacto con ellos.

—¿Dispondrás de otros viajes a la Tierra? — preguntó interesado Uli.

—Probablemente, pero sin poner en peligro la vida de ninguno de nosotros. Ya ningún hombre de Cirok convivirá con los terrestres; tu experiencia resultó demasiado cruenta: para poder sobrevivir te viste obligado a matar y no queremos que eso vuelva a ocurrir jamás. Como poseemos medios suficientes, a partir de ahora, sólo los estudiaremos desde lejos.

—Si ordenas otro viaje al tercer planeta, quisiera pedirte una gracia, Regidor.

—La supongo, y siento no poder concedértela pese a que me siento responsable de la causa que te impulsa a querer formular tu insólita demanda.

—¿Sabes cual sería mi petición?—preguntó Uli, no demasiado asombrado por cuanto para ser Regidor de un Departamento de la sede del gobierno del planeta se precisaba ser hombre de inteligencia superdotada.

—Sí, ansias volver a la Tierra para quedarte allí el resto de tu vida. Las causas son dos: Zaida y Dana, ¿verdad?

—Exacto.

—Debería acceder a tu petición, pero no puedo, Uli no quiero que vivas en un planeta habitado por razas en estado casi primitivo. Voy a marcarte el plazo de un año durante el cual puedes ayudar, si lo deseas, a Joval en los experimentos que realiza con injertos de órganos artificiales. Si pasado el tiempo de prueba piensas como hoy, te prometo buscar la mejor solución a tu problema. ¿Estás de acuerdo? — Conforme, Regidor.

Transcurrido exactamente un año de la anterior conversación, los dos mismos hombres y en exactas posiciones, como si no se hubieran movido, continúan la charla interrumpida durante tan largo período. Después de más de dos horas de animado diálogo y ultimados, al parecer, los detalles del convenio establecido, el titular del Departamento de Navegación, decía a su protegido:

—Deseo fervientemente que el examen de resultados positivos, Uli. Créeme, no he podido hacer más por ti, y si el Sumo Regidor ha accedido a mi extraordinaria petición ha sido para premiarte. Piensa que el tuyo será el primer caso en la historia de Cirok.

—Te estoy profundamente agradecido y aunque el estudio resultara negativo te deberé gratitud mientras viva.

* * *

Jericó. El forastero entró en la ciudad a primeras horas de la mañana y caminó sin titubear por las tortuosas callejuelas, indiferente a las miradas de curiosidad que su presencia despertaba a los habitantes.

El forastero se dirigió en derechura hacia una de las casas mayores y sin indecisión penetró en el interior. La mujer atareada en los quehaceres domésticos, volvió el rostro hacia el intruso y exclamó alborozada:

—¡Uli! ¡El querido amigo de mi señor!

—Sí, Jerusá, el mismo.

—Que contentos se pondrán mis amos al verte.

—Tanto como yo.

La exclamación inicial de la sirvienta debió de ser oída en todo el ámbito de la casa, porque seguidamente aparecieron Sara y... Zaida.

Uli contempló el indescriptible gozo del rostro de la joven y, extasiado, comprobó que el año y medio transcurrido había embellecido, aun más, a la mujer tan amada.

Sara fue la primera en llegar junto a él, lo cogió por los hombros, le inclinó la cabeza hacia ella; y, sin pronunciar palabra, lo besó en las mejillas. Fue la mejor bienvenida que el hombre de Cirok podía esperar.

Zaida, trémula de emoción, solamente pudo murmurar:

—¡Uli!

Éste la asió de las manos y, con la placidez propia de los habitantes de Cirok, al igual que ella, únicamente susurró un nombre:

—¡Zaida!

Mientras caminaban, con el mismo paso alegre de antaño, hacia las posesiones de Josué, a fin de no aguardar hasta la hora de la cena para saludarlo, al estar suficientemente alejados y en terreno despejado donde no podían ser oídos, Uli aprovechó la coyuntura para abordar sin subterfugios la razón de su regreso a la Tierra.

—Zaida, ¿quieres desposarte conmigo?

—Bien sabes que sí.

—Espera, antes de hacerte tal pregunta debía de haberte sido más explícito. Si me aceptas por marido, previamente habrás de ser sometida a un reconocimiento por un médico de mi pueblo y caso de que el resultado sea satisfactorio habrás de venir a vivir a mi planeta, a mi mundo, al que tú llamas lucero vespertino y ya jamás volverás a ver a tus padres, hermano, parientes, amigos y ni siquiera regresar a la Tierra. Somos una raza distinta a la tuya y todo cuanto verás allí será diferente a tus costumbres; en unos meses, te trasladarás a una civilización con tantos miles de años de adelanto a la vuestra que te asombrarás, te parecerá irreal, todo te será diferente... incluso, el aire que respirarás.

—Estoy aturdida. ¿No podrías quedarte tú?

—No, yo he de obedecer y regresar a Cirok.

—En este caso te seguiré al lugar donde quieras llevarme.

A la tarde del mismo día, Uli condujo a Zaida a través de las desérticas montañas alejándose de Jericó por espacio de más de una hora de camino. Al llegar a una pequeña planicie, le asió una mano, la apretó suavemente para infundirle valor y le dijo:

—No te asustes de cuanto veas, yo estaré junto a ti y nada te ocurrirá.

Sacó el minúsculo transmisor y, seguidamente, estableció comunicación.

—¿Joval?

—Por las radiaciones de tu placa de vejol sabemos exactamente tu posición. ¿Estáis preparados?

—Cuando quieras.

El asombro de Zaida, que cada vez iría en aumento hasta convertirse en temor, comenzó a partir del momento de ver hablar a Uli a una cajita y, lo increíble, como ésta le respondía. Poco después, al ver descender del cielo una gran ave desprovista de plumas y sumamente brillante cual si fuera un relámpago continuo, temblando aterrorizada se abrazó al cuerpo de Uli buscando protección y pidiendo mentalmente a Yahveh que el hierro de su amado la pudiera destruir.

Al posarse en tierra la extraña ave, Uli la tranquilizó:

—No te asustes, querida. Son mis amigos. Ésta es una máquina voladora de las que ya te hablé.

Silenciosamente, se abrió la escotilla de la astronave y Zaida vio una estrecha cámara profusamente iluminada con una luz ligeramente azulada jamás vista por ella.

—Ven, entremos, vas a conocer a mis amigos. Con toda seguridad, tú has sido la primera terrestre que ha visto a una nave voladora. Penetrará en el interior y conocerá a hombres extraterrestres.

Después de vestir a Zaida con un traje espacial, darle breves, pero concretas, instrucciones y colocarle sobre los hombros la escafandra, a fin de que respirara aire de composición atmosférica terrestre, Uli pulsó el botón de apertura definitiva de la astronave, al propio tiempo que, automáticamente, se cerraba la puerta exterior. Lo primero que vio la joven fue a tres hombres diminutos, de estatura algo mayor a la de Roboam, raramente vestidos, que la miraban con benévola sonrisa. Uli habló con ellos, con lenguaje desconocido, y luego se dirigió a Zaida:

—En Cirok todos los habitantes son así de pequeños, yo constituyo una excepción debido a la cual fui elegido para convivir entre vosotros. ¿Estás asustada?

Sí, en realidad estaba asustada y aturdida. ¿Como era posible oír a Uli a través del singular artefacto transparente que cubría su cabeza? ¿No estaría soñando y siendo víctima de una fantástica pesadilla? Antes de poder contestar, escuchó nuevamente la voz de Uli.

—Zaida, ha llegado el gran momento. Mi amigo ha de examinarte para saber si puedo llevarte conmigo. Por lo que más quieras, pídele a Yahveh que así sea.

Ella obraba como una autómata siguiendo las instrucciones del hombre amado. Una vez en el interior de la gran campana neumática, Uli la desvistió del holgado traje espacial y le recomendó:

—Siéntate, intenta calmarte y no te atemorices, no te ocurrirá nada, mis amigos no quieren causarte ningún mal.

Al penetrar Joval, provisto del correspondiente traje espacial, preguntó:

—¿Empezamos, Uli?

—Al momento.

El hombre de Cirok colocó delicadamente un casco, del que emergían multitud de hilos metálicos de diferentes colores, en la cabeza de Zaida y abrió los contactos electrónicos. Inmediatamente las pantallas de observación indicaron los impulsos cerebrales de la paciente.

Mientras Uli hacía varias preguntas a Zaida, preparadas de antemano, Joval no dejaba de pulsar teclas y observar las líneas aparecidas en las pantallas de, observación, a la par que en las graficadoras se marcaban los impulsos más recónditos de la mente de la terrestre. El examen fue largo, de más de dos horas de duración; al final del cual Joval anunció el resultado de los variados exámenes encefalográficos:

—En sus hondas cerebrales, ideas, sentimientos, no se aprecia diferencia a la de cualquier habitante de Cirok. ¡Enhorabuena, Uli!

—Gracias, Joval.

—Tengo una duda, no obstante; ¿tendrá tu misma capacidad de adaptación a la respiración de cualquiera de las dos atmósferas?

—Podemos hacer una prueba preliminar: administrarle enzitania. Si la droga obra en ella la transformación de los gases, será prueba inequívoca de su posible adaptación, posterior, a nuestro ambiente.

Los efectos en Zaida fueron sorprendentes, en atmósfera y presión similares a la de Cirok, aparentemente no mostraba alteración alguna. Joval, maravillado e impulsado por la natural curiosidad de un científico, quiso completar el estudio y colocó diversos electrodos a la joven. En contados segundos obtuvo la presión arterial, pulsaciones, temperatura, ritmo cardíaco y análisis de respiración. Salvo ligeras palpitaciones, el organismo de la joven funcionaba normalmente, muestra que si bien los terrestres tenían un índice de inteligencia inferior, físicamente estaban mejor dotados. ¿Serían ellos los destinados por el Creador a establecer contacto con los habitantes del resto del sistema y más tarde de otra galaxia, cuando alcanzaran la madurez científica y social?

* * *

La cena, en la mansión del patriarca Josué, había sido un verdadero banquete para festejar al forastero, en la cual Sara se esmeró en preparar las viandas que, por experiencia sabía, eran más del agrado del homenajeado. Al término de la misma y reunida la familia alrededor de la mesa, Uli expuso llanamente al cabeza de familia la causa de su regreso a Jericó.

—Josué, posiblemente te haya extrañado mi regreso. Más, si miras a tu hija comprenderás el por qué. He venido exclusivamente a solicitarte que me la entregues por esposa.

En los rostros de los presentes hubo distintas manifestaciones: en Josué y Sara se pintó la estupefacción, en el de la sirvienta Jerusá una sonrisa expresiva de que para ella no constituía una novedad, y en Zaida, arrebolada y con ojos brillantes, la alegría.

—Bueno, yo no sé qué deciros; prácticamente para nosotros eres un desconocido, ni siquiera sabemos de dónde vienes; comprenderás que entregarte a nuestra hija...

—Padre, yo también lo amo — intervino valientemente Zaida.

—Yo vi nacer a tu hija, Josué, y te consta que la quiero como si se tratara de mi propia hija. Déjalos desposarse, presiento que serán muy felices — medió Jerusá.

—¿Qué dices tú, mujer?—preguntó Josué a Sara.

—Que tendremos mucho trabajo en confeccionar el ajuar... — aprobó indirectamente.

—No tenéis necesidad de prepararle nada; si accedéis a que me la

lleve a mi pueblo, tendrá todo cuanto le apetezca.

—¿Eres rico, Uli?

—En el sentido que tú das a tal palabra, sí, soy rico, mucho más que cualquiera de los hombres poderosos de Jericó.

—En esta casa quedará un gran vacío, Zaida, pero si tu voluntad es contraer esponsales con Uli, hacedlo en buena hora.

Quince días después, los padres, parientes y amigos despedían a los recién casados. Sentados uno junto al otro en un carro tirado por una pareja de bueyes, agitaban la mano en señal de despedida a medida que se alejaban más y más de la ciudad de Jericó. ¿Cuál era la distancia recorrida cuando les sorprendió la noche en el camino? No tenían ni la más remota idea; eran felices, demasiado felices para percatarse del tiempo y del lugar. Más, de pronto, volvieron a la realidad. Frente a ellos acababa de posarse la astronave que los conduciría a Cirok para constituir una nueva familia.

Al mirar por última vez la Tierra desde la transparente carlinga, planeta en que nació Zaida y Uli encontró la apetecida felicidad, ambos jóvenes vieron como un grueso rayo deslumbrante emergido de la nave reducía a polvo en un instante al carro y a los bueyes proporcionados por Josué.

—De haber encontrado vacío ese primitivo vehículo, los padres de tu mujer se hubieran preocupado por vuestra suerte — dijo sonriente Jaro.

EPÍLOGO

La gran masa de brillante metal, en forma de huso de unos trescientos metros de longitud por setenta de diámetro en su círculo máximo, estaba posada en la superficie del satélite natural de la Tierra. Por las varias aberturas situadas a los lados del descomunal ingenio, entraban multitud de hombres de escasa altura provistos de pardos trajes espaciales, conduciendo pequeños tractores que arrastraban a grandes remolques repletos de cajas de embalaje de duro material plástico. Otros, en el interior de la gigantesca nave espacial, por medio de montacargas, colocaban en los diferentes pisos los fardos entrados, según era el contenido indicado en una de las caras.

Del último de los grandes cráteres lunares fue sacado el inmenso toldo transparente, que, por un ingenioso sistema de ventosas, se adhería al perímetro, lo cerraba herméticamente. Seguidamente, aquellos hombrecitos empezaron a desmantelar concienzudamente las instalaciones del interior, con el cuidado de no dejar huella de que en aquel lugar habían sido montadas grandes bases, que abarcaban desde simples literas a complicados y precisos aparatos de observación.

De pie, y observando el silencioso desmontaje de los técnicos y obreros en su labor de retirar hasta la pieza más insignificante del interior para que no pudiera revelar en un futuro próximo la presencia anterior de seres inteligentes, hay dos hombres de marcado contraste entre sí. Uno era igual a los demás, el otro se distinguía por su alta estatura y el cuerpo proporcionado en relación a la misma.

—Es una lástima que abandonemos esta base, Uli. Era una escala ideal para nuestros viajes al cuarto planeta — dijo el hombre de pequeña estatura.

—Sí, pero los terrestres están alcanzando muy rápidamente un alto grado técnico en sus viajes por el cosmos, en poco tiempo han mandado varios ingenios de observación y a no dudar dentro de un par de años sentarán el pie en la Luna. Es su satélite y por tanto les pertenece. Nosotros, desde su punto de vista, no seremos otra cosa que unos invasores. ¿Cuál será su reacción? En principio,

posiblemente confraternicemos, pero al final nos combatirán por la posesión exclusiva de lo que consideran suyo. Pese a los dos milenios transcurridos desde nuestros primeros estudios, su mentalidad no ha cambiado; las guerras entre los terrestres, cada vez más terroríficas y destructoras, son continuas en una u otra parte del planeta.

—Has hablado de nuestros primeros estudios sobre la Tierra; disípame una duda: el hombre de Cirok que, según la historia, habitó en la Tierra y convivió con los terrestres, ¿fue algún antecesor tuyo?

— Sí, y en confianza te diré algo más, yo desciendo por rama directa del Uli de la historia y de una terrestre que se identificó completamente con nuestra raza.

F I N